

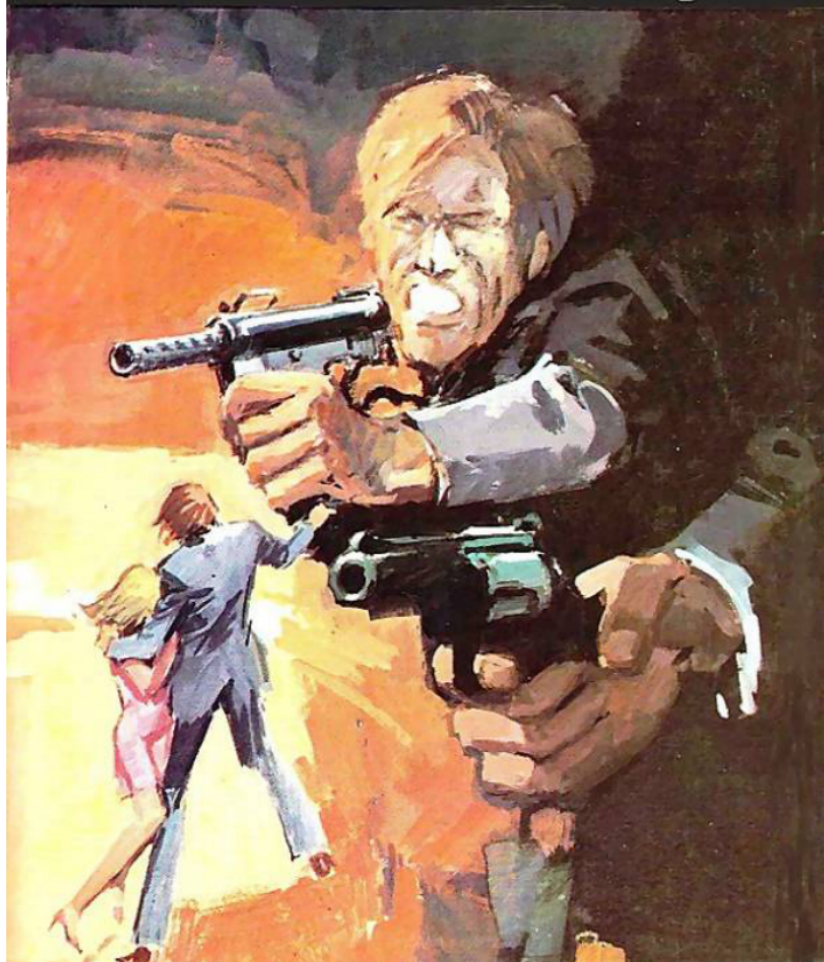
DOLSI LIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

TRAMPA POR PARTIDA DOBLE

Vic Logan



SS

SERVICIO SECRETO



VIC LOGAN

TRAMPA POR PARTIDA DOBLE

Colección

SERVICIO SECRETO n.º 1433

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MEXICO

ISBN 84-02-02513-7

Depósito legal: B. 15.402 - 1978

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: junio, 1978

© Vic Logan - 1978

texto

© Desillo - 1978

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1978

**OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

- En Colección **SERVICIO SECRETO:**
1.399. - Ese hombre sabe demasiado.
- En Colección **PUNTO ROJO:**
801. - Lux Bahía.
- En Colección **ASES DEL OESTE:**
652. - El último en reír.
- En Colección **SALVAJE TEXAS:**
888. - Tierra de colosos.
- En Colección **KANSAS:**
863. - Siembra de violencia.
- En Colección **BRAVO OESTE:**
584. - Senderos de venganza.
- En Colección **COLORADO:**
877. - La muerte visita Wyoming.
- En Colección **BISONTE SERIE AZUL:**
244. - La cañada del lobo.
- En Colección **MUJERES MARCADAS:**
359. - Más allá del pecado.

PRÓLOGO

Una ciudad importante de la República francesa va a ser el escenario del principio de unos hechos que estamos acostumbrados a leer, casi a diario, en los periódicos.

Una calle cualquiera de esa ciudad del Haute-Garone, cerca de la estación de Matabiau.

La ciudad es Toulouse.

La estación es un continuo ir y venir de trenes. Punto de partida para los grandes expresos de París y de las líneas transversales. Estación de enlace para casi todas las direcciones, registra a diario un considerable número de viajeros.

Destaquemos a uno de ellos. Lleva un abrigo *beige*, y se cubre con un sombrero de fieltro. Usa gafas oscuras.

Se coloca en la cola para tomar un taxi. Lleva en su mano una maleta, que debe pesar bastante. Puede ser un turista, un hombre de negocios o un ciudadano que llega de un viaje cualquiera.

Cuando consigue el taxi, da unas señas:

—Apartamentos Fabían. Rue de la Republique, pasado el puente Nuevo.

El taxi se pone en marcha por la rue de Bayard hasta el *boulevard* de Estrasburgo, que cruza hasta Alsace Lorena, pasa a buen ritmo por la place Esquirol, en dirección al puente que cruza aquella parte del Garona.

Al otro lado está la rue de la Republique.

El pasajero del abrigo *beige* —*hombre de unos cuarenta y pocos años*—, indica al taxista que ya ha llegado a su destino. Paga la carrera y deja el cambio para el conductor.

Entra en el edificio. Es de noche, y hace frío. Dentro, la calefacción reconforta.

El pasajero va directamente al ascensor y sube hasta el piso quinto.

En el corredor, busca el número de su apartamento. Saca una llave del bolsillo, y abre la puerta.

Tantea la luz, y se encuentra ante una gran pieza, que sirve de salón y dormitorio a la vez.

Deja la maleta en el suelo, y arroja el sombrero y el abrigo sobre una butaca.

A la izquierda hay un armario empotrado. Después, la puerta del baño. Al final una entrada que da a una pequeña cocina, con un par de fuegos, un armario y nevera eléctrica.

El hombre se quita la chaqueta y desabrocha el botón superior de la camisa para aflojarse el nudo de la corbata.

Se sienta en la cama, junto al teléfono directo, que está sobre la mesilla de noche. Saca del bolsillo trasero del pantalón una agenda, y busca un número. Cuando lo tiene, lo memoriza y marca seguidamente.

Al otro lado del hilo, el teléfono repica hasta tres veces. Luego contesta una voz de hombre.

—Soy Raoul —dijo el recién llegado.

—¡Ah! ¿Cuándo has llegado? —preguntan en la distancia.

—Ahora mismo. Estoy en el apartamento. ¿Cuándo nos veremos?

—Ya te avisaré. De todos modos... todavía faltan bastantes días —repuso la voz del teléfono.

—De acuerdo. Pero no olvides que no me gusta perder el tiempo.

—Te veré mañana mismo, si puedo. Pero no te lo aseguro.

—Llama antes —dijo el llamado Raoul.

—De acuerdo —repuso el del otro lado del hilo.

La conversación había terminado.

El recién llegado se tendió en la cama, sin molestarse en aliviar su cuerpo de la ropa. Parecía cansado.

Dejó las gafas oscuras sobre la mesita de noche. Su rostro era de facciones duras, ásperas. Había un rictus de amargura en su expresión.

No parecía un hombre habituado a sonreír. Quizá llevaba años sin hacerlo.

Buscó un pitillo en el bolsillo de su pantalón. Lo sacó de un arrugado paquete y le prendió fuego con un fósforo. Lanzó una

bocanada de humo, entornó sus ojos.

Estaba pensando.

Pensaba, sin duda, en algo muy concreto para lo cual había sido llamado, y ahora se encontraba en aquel apartamento de la rue de la Republique.

CAPÍTULO PRIMERO

Eran exactamente las cinco de la tarde de un nublado y frío día invernal. Con el cielo encapotado, la oscuridad era casi absoluta.

Las luces del *boulevard* de Estrasburgo, con sus letreros luminosos, ponían una nota alegre, pero la escasa gente que pasaba por la calle lo hacía con prisas para dirigirse lo más pronto posible a su lugar de destino, donde, sin duda, les esperaba una reconfortante calefacción.

Lucien conducía un moderno «Peugeot» en dirección a la Gran Rond. Cruzó la calle Jean Jaures, y aceleró a fondo, siguiendo por el *boulevard* Lazard Carnot y su continuación.

Al llegar a la gran plaza, la rodeó para continuar bordeando el gran jardín, hacia la zona deportiva.

En las cercanías, se elevaba la carpa circense, en cuya explanada podían verse los carromatos ocupados por los artistas.

La primera sesión había concluido ya, y la nocturna daba comienzo a las nueve.

Lucien cruzó el recinto. Allí la luz era más bien escasa.

Se detuvo en las cercanías de uno de los carros-vivienda. Hizo sonar el claxon y no tardó en aparecer una joven pelirroja, atractiva y de esbelta figura.

Lucien asomó por la ventanilla, y le dedicó una sonrisa.

—¿Quieres dar un paseo, Vivían?

—Oh, Lucien... Eres muy caro de ver, últimamente... ¿De dónde has sacado ese coche?

—Lo estoy probando. Tengo media hora. Si quieres, tomamos juntos una copa.

—Oh. No sabes cuánto lo siento, tengo que vestirme. El director nos ha convocado para el ensayo de unos nuevos números. ¿Por qué no vienes por aquí ésta no che? Te daré una invitación.

—Verás... —murmuró Lucien, dubitativo—. Es que esta noche

no me va a ser posible.

—Comprendo. Tienes una cita.

—No —mintió él—. La verdad es que tengo que hacer un trabajo especial. Lo pagan bien, y unos francos más al cabo del mes siempre son de buen aprovechar.

—Claro —sonrió ella—. Pero quédate un poco. Podemos tomar esa copa en mi carromato.

Lucien se encogió de hombros, bajó del coche y entró en la casa ambulante, sin advertir la sombra de uno de los empleados que, agazapado entre los arbustos, no había quitado el ojo de la pareja.

La hermosa Vivían, desabrochóse la bata que cubría su *maillot* de trabajo, con lo que su figura quedaba resaltada por la belleza de sus largas y estilizadas piernas, y un busto muy acorde con su perfecta silueta.

Vivían, a pesar de su profesión, no hacía nada especial para parecer más atractiva. Lo era por sí misma y, en tiempos, llegó a forjarse ciertas ilusiones con respecto a Lucien, pero últimamente el joven no parecía demasiado entusiasmado.

—Tomaré un «Ricard», y me largaré enseguida. Debo hacer rodar el cacharro este. Es mi trabajo —dijo.

Ella se aproximó, insinuante.

—Sólo piensas en tu trabajo, ¿eh?

—Bueno. Vivo de mi oficio. Ser mecánico no es gran cosa, pero no puedo quejarme.

Tomó el «Ricard» que ella le había servido, y se despidió con un fugaz beso en la mejilla de la muchacha.

—¿Cuándo volverás por aquí?

—Bueno... cuando pueda. Tengo planes, ¿sabes? ¡Hasta la vista!

Salió frotándose las manos. El frío era realmente intenso. También ella se cubrió su semi desnudez, aunque esperó en el umbral del carromato hasta que Lucien hubo puesto en marcha el «Peugeot» para disponerse a partir.

Dio un rodeo por el recinto, acelerando y frenando. Cambió algunas veces de marchas, y luego condujo con normalidad. Era parte de su cometido.

Aún se hallaba en la zona del Circo-Variedades cuando el empleado que les había estado acechando —un cuarentón de aspecto libidinoso—, salió furtivamente de su improvisado

escondrijo, y se precipitó hacia el carromato de Vivían, de modo que le impidió cerrar la puerta.

Vivían hizo un gesto de contrariedad, al hallarse de sopetón frente a frente con aquel hombre cuya presencia evidentemente le molestaba.

—¡Charles! ¿Qué demonios quieres? —espetó, intentando cerrar.

Pero el tipo había puesto el pie de forma que ella no pudiera darle con la puerta en las narices.

—De sobra lo sabes, Vivían... Te he visto durante tu actuación... Siempre estás estupenda. Eres la verdadera estrella. Pero hoy te has superado a ti misma... Anda, déjame pasar. Me gusta charlar contigo. Ya lo sabes.

—No, Charles, tengo que prepararme. Por favor, quita el pie...

—No, Vivían, por favor. Es sólo un momento.

—No seas pesado, Charles, déjame en paz de una vez —repuso ella, de pésimo humor.

—A mí me rechazas, ¿eh? Prefieres tontear con ese mecanicucho de tres al cuarto, que ni siquiera te hace caso. —Y el hombre intentó sujetarla.

—¡Suéltame, Charles! —gritó—. ¿De modo que te pasas el tiempo espíandome? Eres realmente repugnante.

—¡No digas eso! Y no pienso soltarte. De sobra sabes lo que siento por ti.

Ella trató de empujarle para verse libre de aquellas garras anhelantes, que pretendían atraerla.

Forcejearon durante unos instantes. Evidentemente, el hombre la superaba en fuerza, pero ella sabía defenderse bien.

—Aparta de una vez...

Pero él insistía.

—Lárgate de aquí o gritaré. Estoy harta ya. Fuera. Vete. ¡Largo, Charles! —Había elevado la voz.

Lucien estaba a cierta distancia, llevando una marcha corta, atento a las reacciones del motor del coche que estaba probando. Creyó oír la voz de la muchacha, y asomó por la ventanilla.

No pudo ver bien lo que ocurría, por la distancia y la escasa luz del recinto.

Ella volvió a gritar, jadeando:

—¡Basta ya, Charles! ¡Te he dicho que estás perdiendo el

tiempo!

Charles no parecía tener la intención de hacerle el menor caso, pero ahora Lucien había oído, con más nitidez, la voz de la muchacha. Aceleró y, en un momento, se plantó ante el carromato-vivienda de Vivían.

Dándose cuenta de la situación, saltó del auto como una exhalación, y se plantó detrás del hombre, al que arrancó, de un tirón, de aquel forcejeo.

—¡Vamos, amigo! Me parece que estás de más. Ya has hecho tu numerito.

—Usted no se meta. Esto es cosa mía —farfulló Charles.

—Deja de molestar a la muchacha, o tendrás que entendértelas conmigo. —Y Lucien empleaba un tono áspero y contundente. Ciertamente, no bromeaba.

Pero Charles era de los que les gusta gallear y, encarándose con el mecánico, soltó:

—Deja de meter tus sucias narices en lo que no te importa, y lárgate.

—Me parece que no lo has entendido. Eres tú el que está de más aquí.

Charles bajó, furioso, el par de peldaños para enfrentarse con Lucien, pero resultaba evidente que, con el mecánico, iba a llevar todas las de perder porque, tras esquivar la primera acometida del maduro subalterno, le propinó un par de directos, el primero en la boca del estómago y el segundo en plena mandíbula, derribándole, casi inconsciente.

—Y otra vez ándate con cuidado, amiguito. Deja tranquila a Vivian, si no quieres llevarte un disgusto.

—Oh, Lucien, gracias —ella corrió a abrazarle—. Ese tipo no me deja en paz. Hace días que no hace otra cosa que merodear alrededor del carromato. Me espía.

—Es un enfermo; espero que mi medicina le haya hecho reflexionar. —Y con otro beso fugaz, Lucien se alejó definitivamente, mientras Charles se levantaba, maldiciendo entre dientes.

—Te acordarás de ésta. Me has humillado delante de ella, pero yo no perdono.

Lucien estaba muy lejos de esperar una venganza. Tenía otros

planes. El más inmediato tenía nombre de mujer: Francine...

CAPÍTULO II

Francine quizá no era tan hermosa como Vivían, pero le ganaba en la parte llamativa. Rubia platino, sensual y sofisticada, resultaba la presa codiciada para cualquier hombre, y Lucien la tenía constantemente en su cabeza.

Pero Francine era una mujer cara, una mujer de lujo; no salía con cualquiera, y menos con un mecánico.

Francine también tenía sus ocultos planes, con los que soñaba mientras desempeñaba el puesto de manicura en la peluquería cercana al garaje-taller donde trabajaba Lucien.

En aquellos momentos, Francine estaba a punto de terminar el trabajo. Eran cerca de las seis de la tarde y recibía, de manos de la propietaria, la recaudación del día para que fuera a depositarla en la sucursal del Banco Nacional de París, que estaba justo al lado.

Francine, con el sobre conteniendo los francos para ingresar, se personó en la ventanilla de caja, que atendía Roger.

El cajero acogió a la muchacha con una amplia sonrisa. Era un hombre que había sobrepasado la treintena y se consideraba en forma y muy capaz de entusiasmar a las mujeres. Claro que también sentía pasión por el dinero que diariamente pasaba por sus manos, un dinero que, a veces, se aproximaba a los dos millones de francos.

—Hola, encanto. ¿Cuánto me traes hoy para la hucha? —dijo.

—Cuéntalo tú mismo.

Al quedarse a solas Roger, tras haber depositado los últimos billetes en la caja auxiliar, murmuró para sí:

—Sólo tengo que esperar un mes... Un mes para dejar este maldito dinero y vivir a lo grande —apretó con fuerza la caja portátil, que contenía un buen montón de billetes, de curso legal.

A las seis en punto, Lucien dejó el garaje, advirtiéndolo al encargado de la vigilancia:

—Si vienen por el «Peugeot», pueden llevárselo. Está en perfectas condiciones. ¡Hasta mañana!

Cruzó el callejón y, al pasar por delante del Banco, saludó con la mano al cajero Roger, al que conocía de vista, y que en aquel momento salía de la oficina. Al lado mismo se hallaba la peluquería, en cuya puerta aguardó.

Francine tardó un minuto en salir.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, al ver al muchacho.

—Tomando el sol —bromeó él.

—No seas pelmazo. Y no insistas. Esta noche, tengo un compromiso.

—¿Por qué no haces una excepción, algún día, y nos damos juntos un garbeo?

—¿Con tú «dos caballos»?

—Ya sé que es poco para ti, pero se puede llegar lejos, aunque sólo te pido que vayamos a alguna parte.

—Ya te he dicho que hoy me es completamente imposible. Me esperan. Estoy llegando tarde, por tu culpa.

—¡Pero si sólo te he dicho un par de palabras!

—Lo siento, Lucien. No es que te desprecie. Al contrario. Tienes un buen tipo. Seguro que estás convencido de ello.

—Gracias por el piropo, encanto. ¡Psé! No me gusta presumir, pero otros están peor.

Ella sonrió.

—Te prometo que otro día saldremos. Antes de lo que te figuras.

—Tú siempre andas con compromisos, ¿eh? No es nada extraño. Una peluquería de lujo, gente de postín... ¿Te invitan mientras les estás haciendo la manicura?

—No te creas que acepto invitaciones de cualquiera.

—¡Oh, no! No he dicho eso.

—Pero insinúas que me voy con cualquiera. —Francine mal fingió un herido orgullo.

—Si tuviera un «Rolls», quizá las oportunidades de que me aceptaras serían mayores.

—No me gusta pelear contigo. Al fin y al cabo, somos vecinos de trabajo, casi compañeros. Pero no te pases.

—Lo siento, marquesa —sonrió él.

—¿Me dejas que me vaya? —inquirió ella, impaciente, pero no

del todo descontenta del asedio a que era sometida por parte del varonil mecánico.

—Oh, claro, claro. Vete y déjame plantado, una vez más. Es mi sino.

Ella sonrió, ante la cara de mártir que puso el joven.

—¿De veras no podemos dar un paseo?

—¿Con este tiempesito?

—Es un decir. Conozco un sitio que...

Ella le atajó suavemente, y en sus ojos había una velada promesa de futuro entendimiento:

—No te digo que no, pero hoy es imposible.

—Me compraré un descapotable. Seguro que me ahorraré calabazas —sonrió él.

—Prueba a hacerlo. Adiós, Lucien. Lo siento.

Y Lucien metióse las manos en el bolsillo y entró en el primer bar, ligeramente descorazonado.

«¡Qué se le va a hacer! —Trató de conformarse—. Pero estoy seguro de que algún día accederá... Y de veras que lo deseo».

Verdaderamente, Francine era como una obsesión, aunque le quedaba el consuelo de volver con Vivían; por lo menos, ella le recibía con alegría.

Pero era distinto. Al menos para él. Porque Vivian representaba la seriedad, o acaso el amor formal. Francine, en cambio, era el erotismo, la pasión, el amor fugaz, el que se goza en una noche, y sacia las ansias de placer...

—¡Maldita miseria! Si tuviera un buen fajo de billetes de mil, la cosa cambiaría —dijo, casi en voz alta.

Y pensó en ser rico...

Conviene aclarar la situación de las entidades que coincidían en aquella parte de la calle.

Viniendo del *boulevard* de Estrasburgo, después de la primera esquina a la izquierda en dirección a Matabiau, se encontraba el garaje-taller donde prestaba sus servicios Lucien. Al lado mismo estaba el callejón sin salida que terminaba con una tapia que daba a un solar. Inmediatamente, y contiguo al callejón, se hallaba la sucursal bancaria, que ocupaba sólo la planta baja del edificio, luego venía la escalera de vecinos y la peluquería —«Alta peluquería»—, para ambos sexos, donde Francine lucía sus

cualidades de manicura.

Sí. Conviene mucho aclarar ese punto porque precisamente allí estaba escrito que iba a suceder algo que daría mucho que hablar.

CAPÍTULO III

Lucien había pasado buena parte del tiempo con Vivían, cuando ésta terminó su actuación en el Circo-Variedades, donde estaba contratada como bailarina.

Hubo su poco de erotismo hasta eso de la media noche, en que el joven dejó a Vivían para regresar.

Había dejado aparcado su «dos caballos» algo más lejos, y no esperaba tener ningún encuentro desagradable; sin embargo, alguien le estaba acechando: Era Charles. Está vez se había buscado la compañía de dos compañeros.

Al ver salir a Lucien, susurró a sus amigotes:

—Ése es. Vamos a darle un buen escarmiento. Así se le pasarán las ganas de chulear.

Y así, cuando menos lo esperaba, Lucien se encontró con tres enemigos que le rodeaban.

Medio sonrió, al reconocer a Charles.

—¡Vaya! Tienes frío, y necesitas que vuelva a calentarte.

—Inténtalo, si puedes, bastardo —rugió el otro, seguro de su triunfo.

El cerco contra el joven se estrechaba.

Lucien se aprestó a defenderse, cuando su rencoroso enemigo lanzó la frase de:

—Duro con él.

Uno de sus secuaces intentó golpearle en pleno rostro, pero Lucien supo esquivar y a su vez arremeter con una patada en la espinilla, y que dejó a su primer enemigo dando saltos de dolor.

Acto seguido, con la diestra prieta, golpeó a su segundo contrincante, al que alcanzó en pleno plexo solar.

El *voyeur* empedernido intentó el ataque a su vez, pero recibió una coz en la boca del estómago.

Verdaderamente, Lucien no podía andarse con contemplaciones,

y se revolvió para atacar nuevamente al que primero había sacudido, mientras Charles gritaba:

—¡Sujetadlo! Sujetadlo por detrás.

Y Lucien pensaba para sí:

«Vas listo, sin esperas que me deje atrapar».

En voz alta añadió:

—Eres muy valiente, acompañado de tus compinches, pero necesitarías algunos más para acabar conmigo.

Esquivó un directo que intentaba conectarle uno de los agresores, y le replicó con un gancho que lo elevó unos centímetros en el aire para hacerle dar con sus huesos en el duro suelo.

Charles se había apoderado de una estaca, que ahora blandía contra Lucien.

Éste esquivó el golpe que, paradójicamente, alcanzó a uno de los compinches del vengativo individuo.

Éste cayó fulminado, lanzó un agudo grito de dolor llenando a la vez su boca de maldiciones.

Pero la lucha seguía, y Charles continuaba esgrimiendo el bastón.

Lucien empleó una llave de modo que la mano armada de su enemigo quedó metida en una presa. El mecánico le retorció el brazo con fuerza, obligándole a soltar la improvisada arma, que alejó de un puntapié.

Uno de los tipos aprovechó para sujetarle por detrás, mientras el que había recibido el estacazo a duras penas lograba volver en sí de tan tremendo golpe.

Lucien se revolvió de forma inverosímil, y lanzó a su oponente la izquierda, derribándole una vez más.

Acto seguido tuvo que esquivar la acometida del que había recibido el estacazo, al que propinó un severo castigo, mientras Charles buscaba la oportunidad para entrar en acción.

Lucien se libró del atacante de turno, soltándole una patada en la espinilla. Luego se volvió hacia Charles, parándole sendos directos cargados de dinamita, contestando a su vez con un revés que hizo dar a su enemigo un par de vueltas sobre sí mismo. Dada la superioridad numérica de sus atacantes, no podía andarse con contemplaciones de ninguna clase y, sin descansar ni un segundo, atizó al que se había repuesto de la patada en la espinilla. Le

alcanzó con dos buenos directos, que le hicieron besar el duro suelo.

Se revolvió antes de que el segundo enemigo lograra rezarle tan sólo la mejilla y, con ambas manos, le golpeó de revés, lanzándole contra el principal instigador de aquella pelea, consiguiendo que ambos cayeran, hechos un verdadero lío.

La lucha aún seguía, pero Lucien tenía prisa por acabar con todos y, antes de que uno de sus tres antagonistas consiguiera levantarse, le atizó con un buen derechazo, consiguiendo ponerle fuera de combate.

El *voyeur* —Charles—, quiso terminar la pelea por la vía rápida, y, viéndose incapaz para someter a su rival, buscó una piedra en el descampado. Alcanzó una de regulares dimensiones, en el momento en que el único compinche que quedaba en pie conseguía el primer golpe efectivo contra Lucien. Éste encajó y devolvió con pura dinamita el trompazo recibido.

Su enemigo se tambaleó, pero logró incorporarse de inmediato, en el momento en que Charles lanzaba la piedra contra Lucien.

Éste ni siquiera vio venir el peligro porque toda la contundencia del pedrusco la recibió el compinche de Charles, en la cabeza. Quedó K. O., y de su cabeza comenzó a manar sangre.

Charles agrandó los ojos. Iba a decir algo, pero el ruido de la pelea había atraído a tres testigos; el principal de ellos era Vivían.

—¡Charles! —exclamó. Luego, viendo al individuo que había recibido la pedrada, exclamó—: ¡Le has matado! ¡Dios mío! Yo lo he visto todo.

—¡No! No he sido yo —trató de defenderse Charles... Pero vio los adustos rostros de otros dos testigos, componentes del Circo-Variedades.

La muchacha añadió:

—Ellos también lo han visto, Charles... ¡Hay que llamar a la policía, y a una ambulancia!

Charles reculó, visiblemente sorprendido. No esperaba que su venganza se revolviera contra sí mismo.

Uno de los testigos, director del espectáculo, farfulló:

—No me gusta tener líos en mi compañía, Charles. Yo he visto lo ocurrido. Y usted, joven —se dirigía a Lucien—, lo siento, pero tendrá que quedarse para explicar cómo empezó todo esto...

El herido, aunque de considerable gravedad, no falleció. En el hospital, manifestaron que parecía reaccionar favorablemente.

Charles, junto con el otro implicado, y el propio Luden, tuvieron que pasar por comisaría para declarar. Con ellos, acudió Vivían, el director y el otro testigo.

Todo pura rutina; pero una pelea es una pelea, y Luden pasó casi toda la noche entre los gendarmes.

Al día siguiente, llegó tarde al trabajo, y explicó lo ocurrido al dueño del taller-garaje.

Claudiel era un hombre comprensivo, pero severo a la vez.

—No me gusta que te metas en líos, Lucien. Ahora tendremos a la policía aquí, a cada momento. Sé lo que ocurre, cuando pasan esas cosas.

—Yo no me metí en ningún lío, señor Claudiel. Me atacaron. No podía dejarme atizar.

—Bueno. Vuelve a tu trabajo, y ya hablaremos. —Claudiel se mostró agrio y poco propenso al diálogo, y Lucien maldijo, de corazón, a aquel estúpido de Charles.

—A esos tipos indecentes y rencorosos, deberían encerrarles. El manicomio es su sitio. Enfermos de mierda —murmuró para sí.

Fue entonces cuando llegó el cliente del «Ford», matrícula americana. De California. Un modelo despampanante, casi nuevo.

Antes de penetrar en el garaje, su conductor se detuvo unos instantes. Era un tipo rubio, corpulento, el clásico estadounidense que se cree superior, pero lo hace con espíritu deportivo, y espera que los demás se desvivan por atenderle.

Francine, la manicura que había salido un momento de la peluquería, observó el coche, y sus ojos mostraron envidia de su propietario.

Con un coche como aquél, la muchacha sería capaz de ir a todas partes.

El propietario del vehículo dijo llamarse Gower Kallahan.

—Normalmente, resido en París, pero mis asuntos me han llevado a Toulouse —miró en torno suyo, ya dentro del garaje—. Hummm... ¿Puedo dejar mi trasto por algún tiempo? Tengo que regresar a Estados Unidos. Estaré ausente algo más de un mes, y no voy a necesitar el coche. No puedo metérmelo en el bolsillo. ¿Comprenden? Les pagaré por adelantado, cuídenlo bien. ¿Hay

algún inconveniente?

—Ninguno, señor Rallaban —respondió Claudel, el propietario.

—¡Ah! En ese tiempo, revisen el aceite y echen un vistazo general. El cacharro funciona bien, pero me gusta que esté siempre en condiciones óptimas. Esto no es una bicicleta, precisamente.

Pagó, en francos franceses, una cantidad por adelantado, y salió en dirección a la peluquería.

—Necesito un corte de pelo. ¿Qué tal ésa barbería?

—Es un buen establecimiento —apuntó Claudel, mientras Lucien lanzaba un silbido de admiración, ante la presencia de aquel ostentoso y llamativo vehículo.

Aquella tarde, al dejar el trabajo, Lucien se hizo el remolón para ver a Francine, y se congratuló de que la muchacha se mostrara más amable que de costumbre.

—¡Vaya cacharro que os han dejado en el garaje, eh! Tengo entendido que su propietario va a estar ausente durante algún tiempo.

—Un mes o así. Eso ha dicho. Es un fanfarrón, pero está «forrado».

—Se nota. Ha estado en la peluquería, y no ha cesado de hablar. Esta noche volará hacia Estados Unidos. Hay algunos que tienen suerte...

—No me digas que te gustaría irte a América.

—¿Por qué no? Si pudiera, daría la vuelta al mundo, y me alojaría en los mejores hoteles.

—Sueñas demasiado, pequeña. Confórmate con algo menos.

—Sí, por ejemplo, me conformaría con que me invitaras a dar un paseo con ese cacharro.

—¿El «Ford» del americano?

—Él no lo necesita, y tú puedes tener una buena excusa para llevártelo.

—No, nena, lo siento. Si el jefe me pilla, me echa de patitas a la calle. Está algo mosca conmigo, por algo que sucedió anoche.

—Bueno... Pero tú pruebas coches, ¿no? Puedes llevártelo, con la excusa de...

—Ni lo sueñes —atajó Lucien—. Y no es que no me guste la idea, pero —se encogió de hombros—, siempre sé hasta dónde puedo llegar.

—Los fines de semana —insistió la muchacha—, tu jefe no estará, ¿verdad?

—¡Oh, olvídale...!

—Piénsalo, cariño. Podríamos pasarlo muy bien, los tres... Tú, yo y el coche... —El tono insinuante de Francine era una tentación realmente fuerte para Lucien. Demasiado fuerte.

CAPÍTULO IV

Para Lucien, el fin de semana empezaba a la una de la tarde del sábado, lo mismo que para Francine.

El propietario del taller-garaje solía marcharse por la mañana, para aprovechar mejor el par de días de fiesta.

El banco cerraba igualmente al mediodía, hasta el lunes.

Faltaba poco para las doce cuando empezaron los acontecimientos.

Un automóvil aparcó frente a la sucursal bancaria. El individuo que lo conducía dejó el motor en marcha, y penetró en el establecimiento.

Había tres clientes, en aquel momento. El recién llegado fue directo a la ventanilla de caja, atendida por Roger, y le encañonó con un revólver.

—Todo el dinero. Rápido. Es un atraco. —Y se volvió, apuntando a los demás.

—¡Al suelo! ¡Deprisa o empiezo a disparar!

Los dos hombres y la mujer, clientes de la entidad, no se hicieron repetir la orden.

Los demás empleados, al darse cuenta de lo que ocurría no sabían qué hacer. El atracador solitario se encaró con ellos:

—Que nadie pretenda hacerse el héroe, si no quiere salir de aquí con los pies por delante.

El cañón del arma volvió a apuntar a Roger, cuyas manos temblaban.

—He dicho todo el dinero. Creo que hoy es un buen día... Vamos, date prisa.

El atracador portaba una bolsa negra, de plástico que desplegó, y fue metiendo el dinero que Roger había depositado sobre el mostrador.

Era un buen día, realmente. Se habían producido, ingresos

importantes, y en aquel momento sobrepasaban los dos millones, lo que el ladrón estaba consiguiendo.

Roger parecía tener prisa para que aquello terminara y hasta le facilitaba la tarea.

Cuando el atracador hubo llenado la bolsa negra, de plástico, reculó, sin dejar de apuntar con su revólver hasta llegar a la calle.

Rápidamente se metió en el coche, pero, antes de arrancar, alguien comenzó a gritar:

—¡Un atraco! ¡Un atraco! —Era uno de los emplea dos de la sucursal, que cometió el error de salir a la calle.

El ladrón, ya con el coche en marcha, hizo uso de su arma, disparando contra el empleado, que recibió el impacto de bala en mitad del pecho. Con la sorpresa quedó unos momentos inmóvil, llevándose las manos a la herida mortal. Inmediatamente, cayó fulminado.

Hubo gritos, chillidos, entre los que habían presenciado casualmente la escena.

Otros que habían salido del establecimiento, quedaron aterrados, paralizados por el terror, y se apresuraron a echarse al suelo cuando el atracador, desde el auto en el que se fugaba, lanzaba nuevos disparos, cuyas balas iban en dirección a la puerta del banco.

—¡Quietos todos! —gritó uno de los empleados.

—¡Dios mío, qué tragedia! —se lamentaba otro—. Pobre Pascal...

—¡Está muerto!

Y mientras, el autor del robo huía, enfundado en sus ropas oscuras, una gorra muy calada y unas gafas también oscuras.

Un buen fisonomista hubiera reconocido en él a hombre de cuarenta y algunos años que, días antes, se había apeado en la estación de Matabiau y había tomado un taxi que le llevó a los apartamentos de la rue de la Republique.

Sí. Era el mismo hombre que ahora se afanaba en poner tierra por medio, con el cuantioso producto del botín que acababa de conseguir, a costa de un estúpido crimen.

Las voces en la calle se habían multiplicado.

—¡Un asalto! —Y la voz se corría, surgiendo gente de todas partes.

—El atracador ha huido en un «Simca». Por allá va —dijo otro.

Lucien también había salido, ante el estampido de los disparos y el clamoreo de la gente.

Un instinto, difícil de contener, pasó por la mente del joven mecánico. Vio una motocicleta a mano. Un vehículo rápido, con mayores posibilidades que un coche para poder circular entre el denso tránsito que circulaba a aquella hora.

No lo pensó dos veces. Saltó sobre el vehículo, dispuesto a perseguir al asaltante.

El empleado iba a decirle algo, a prevenirle tal vez, pero se quedó con la palabra en la boca porque Lucien ya había cogido velocidad, en su intento de alcanzar al fugitivo.

El perseguido aceleraba al máximo, sin preocuparse de las señalizaciones, ni mucho menos de la gente que cruzaba la calle. Conducía como un loco, para alejarse lo más rápidamente posible del lugar.

Aún no se había dado cuenta de la persecución de que era objeto cuando viró a la derecha, a la primera bocacalle. Había tomado la dirección de la place Jeanne d'Arc.

Por su parte, Lucien también aceleraba a tope, con lo cual conseguía, por momentos, acercarse al atracador, que en aquellos momentos se dio cuenta de que era perseguido.

El hombre que había dicho llamarse Raoul, tomó el volante con una sola mano y, volviendo hacia atrás, comenzó a disparar contra Lucien, con ánimo de detener para siempre su carrera.

Una de las balas pasó silbando muy cerca de la cabeza del joven que, con nervios de acero, supo dominar el miedo, pese a haber tenido la muerte por compañera, durante una fracción de segundo.

Aferrado al manillar de la máquina, Lucien agachó cabeza, pegándose materialmente a la montura, en momento en que el bandido viraba por la izquierda hacia una calle transversal.

Lucien maniobró oportunamente para proseguir implacable persecución.

Avanzó unos cuantos metros, pero nuevamente encontró con la réplica del hombre del coche que, una vez más, se revolió para dispararle.

Lucien, sin dejar de persistir en su empeño, continuó acelerando, al tiempo que conducía la moto, zigzagueando, a fin de que su

perseguidor no pudiera afinar la puntería.

El bandido se volvía con frecuencia, y no escatimaba balas que, gracias a su habilidad en llevar la moto, el mecánico podía esquivar.

Lógicamente, la gente que transitaba por las calles se apresuraba a guarecerse en los portales. Algunos se echaban al suelo, mientras el fugitivo seguía disparando, con el consiguiente peligro para los paseantes en general y Lucien, en particular.

Para despistar a su contrario, el atracador cruzó por diferentes calles. Algunas de ellas las enfiló en dirección prohibida, de forma temeraria para los automóviles que circulaban debidamente.

Lucien continuaba su persecución, sorteando igualmente los vehículos que se le venían encima.

El atracador dobló por la place Wilson, rodeando completamente para desembocar en la rue D'Alsacie Lorenné y volver sobre el *boulevard* de Estrasburgo.

Tras diez minutos de implacable persecución, había llegado al borde del Garona, cuyo puente de San Pedro cruzó el ladrón para seguir en dirección al puente Nuevo y meterse posteriormente en la plaza Esquirol.

El tránsito era abundante, y la única ventaja para Lucien, en aquellos momentos, era que a su perseguido sin duda, se le había agotado la munición del arma y ahora ya no disparaba; únicamente se limitaba a acelerar a fondo, sin respetar las señales rojas de los semáforos, con lo que a menudo estaba a punto de atropellar a confiados peatones que, creyendo tener libre el paso, veían cómo se les echaba encima aquel automóvil, controlado por el atracador.

Lucien, con más prudencia, aminoraba en algunas ocasiones para no causar daños a las personas.

Ahora el auto había cobrado ligera ventaja, y nuevamente se encontraba en Jean Jaures, por dónde dobló por una calle oblicua, que desembocaba en la rue de Bayard. Dio de refilón a un coche que asomaba de una bocacalle, cuando ya Lucien había conseguido acortar distancias.

El automóvil surgido de improviso le obligó a frenar ligeramente, pero, metiéndose por la acera, prosiguió su rauda marcha, en pos del criminal.

De nuevo, el bandido, tras cruzar por tercera vez el *boulevard* de

Estrasburgo, se metió en la place Jeanne d'Arc y, una vez más, eligió una calle transversal, marchando en dirección prohibida.

Lucien iba a unos cincuenta metros de distancia, y estaba consiguiendo acortarlos, ante la expectación de los transeúntes, a algunos de los cuales les parecía estar presenciando, a lo vivo, la secuencia de una película de aventuras.

La ventaja del mecánico iba en aumento cuando, al llegar a una bocacalle, surgió el pesado camión.

El automóvil del fugitivo consiguió pasarlo. El chófer del camión se volvió, maldiciendo al conductor alocado, sin advertir la motocicleta que iba detrás.

Lucien trató de esquivar al mastodonte, pero, dada la velocidad, le fue imposible controlar la máquina. Lo intentó con una falsa maniobra, que le llevó hasta el bordillo de la acera. La moto hizo un extraño y acabó estrellándose contra la pared.

Durante unos segundos, Lucien quedó medio atontado. Alguna gente acudió en su ayuda.

Estaba bien. No tenía nada roto, sólo algunas magulladuras, pero lo peor era que, con el accidente, el atracador había conseguido no sólo tomar ventaja, sino perderse totalmente de vista.

Lucien hizo un gesto de contrariedad. De nada le había servido aquella paliza que acababa de darse, recorriendo, a velocidad suicida, media ciudad.

Alguna gente criticaba:

—Esto les pasa por correr como locos.

—Y además, en dirección prohibida...

El joven no escuchaba a nadie.

Y entretanto, el atracador introducía su vehículo en un callejón.

Ya era del todo inútil seguirle la pista.

CAPÍTULO V

Sólo unos minutos más tarde, el hombre que había cometido el atraco abandonó el coche y, con paso rápido, buscó el lugar que de antemano había elegido.

Sonrió, al ver el solar vallado, por el cual era fácil introducirse entre las tablas de madera que lo cercaban.

Sólo un par de viejos edificios en ruinas y, por tanto, desocupados, eran testigos de sus andanzas.

El sitio no estaba lejos, ni mucho menos de la sucursal bancaria. Era prácticamente a sus espaldas.

Ahora, el individuo no parecía tener ninguna clase de prisa. Como si estuviera convencido de que allí no iban a buscarle, quizá por la misma proximidad del lugar de los hechos, volvió al coche y allí dejó la oscura gabardina, que cambió por un gabán color *beige claro*, que tenía en la parte posterior del auto.

Se quitó la gorra, cuya visera le cubría prácticamente los ojos, y la arrojó también al interior.

En su lugar, se encasquetó un sombrero de fieltro, y se quitó las gafas oscuras, que habían completado su disfraz para cometer el delito.

Era el momento de esconder el dinero, cuyo saco había permanecido durante todo el tiempo junto a él, en el asiento vacío que quedaba al otro lado del volante.

Después, ya llevaría el coche a otro lugar para alejar sospechas sobre el escondrijo de aquel buen pico de francos, que había costado la vida a un inocente empleado, poniendo en peligro a la de tantos otros transeúntes.

Ahora, con el sombrero puesto y el nuevo abrigo, parecía un hombre distinto. La única prueba del delito era la bolsa negra con el botín, pero ésta la introdujo en una maleta apropiada y, con paso rápido, se dirigió hacia el solar que estaba en la parte opuesta del

callejón sin salida junto al banco.

La policía ya había empezado a llegar al lugar de los hechos. El característico claxon de una ambulancia se aproximaba por el otro lado. El hombre, sin embargo, permanecía tranquilo. ¿Quién iba a suponer que se hallaba a escasos pasos del lugar?

En el solar, cerca del muro, había crecido abundante hierba, entre los desmontes. Había un buen agujero para dejar la maleta con el producto del botín. La crecida hierba y algunas piedras sobre la maleta, eran el escondite ideal.

El atracador se alejó, convencido de que el trabajo no le había podido salir más redondo.

Lucien tuvo oportunidad de declarar de nuevo ante el comisario Duvivier, pero esta vez casi en calidad de héroe.

—Lo que lamento es no haberle podido dar alcance —dijo el joven. Luego no pudo añadir más de lo que habían dicho los otros testigos—: Llevaba una gabardina oscura y gafas negras. Se cubría con una gorra. Será difícil de identificar...

Por su parte, el cajero Roger se lamentaba ante el director de la sucursal:

—Tuve miedo, la verdad. Le vi dispuesto a todo... No pude hacer otra cosa. Lo siento, señor. De veras...

—Usted había pedido una excedencia, ¿verdad, Roger?

—Sí, señor, a fin de mes. ¿Por qué lo pregunta?

—Por nada, Roger, por nada... Supongo que la policía querrá hacerle más preguntas; si tiene previsto ausentarse de Toulouse, será mejor que lo diga al comisario Duvivier.

—Desde luego, señor director.

Roger salió del despacho de su superior, con cierto recelo.

A las tres de aquella misma tarde, Francine y Lucien se encontraban en un café del *boulevard* de Estrasburgo.

—¿Estás decidido? —preguntaba ella.

—No sé... Me gustaría, pero...

—Dos días para nosotros, Lucien. Ahora eres casi un héroe...

—Pero el «Ford» sigue siendo del americano.

—¿Y qué? Él está en los Estados Unidos, ahora. ¿Quién va a enterarse?

—Humm. Ya me gustaría, ya...

—¿Te encuentras bien? Dicen que has recibido un buen golpe.

—¡Oh! Esto ya ha pasado. Lástima de no haberle podido alcanzar. Me habrían dado alguna recompensa. ¿No crees?

—La tendrás conmigo, ¿eh? —sonrió ella.

—Está bien. Tú ganas. Sacaré el «Ford».

—¡Oh, Lucien! Eres maravilloso. Dame una hora de tiempo, ¿eh? Pondré lo más imprescindible en un maletín. ¿Sabes dónde quisiera ir? ¡A la costa! ¡Me gusta ver el mar, en este tiempo!

Una hora antes de la conversación entre Francine y Lucien, Roger, libre ya del interrogatorio preliminar, había salido como de costumbre, sólo que en vez de ir directamente a buscar su coche en el garaje de Lucien, retrocedió hasta la calle inferior, dio un rodeo y se metió en el solar.

Fue directamente al lugar donde, más o menos, esperaba encontrar lo que buscaba. La maleta con el dinero que había dejado el atracador.

Sí, Roger, con su actitud aparentemente pasiva y sumisa, había tenido mucho que ver en lo ocurrido unas horas antes.

Había sido algo planeado concienzudamente. Algo que Roger temía y deseaba a la vez.

Ahora todo había concluido ya. Sólo era necesario esperar a que transcurriera cierto tiempo para no despertar sospechas.

No. Nada de gastar más de la cuenta.

La conciencia le acusaba, y temía que gastar unos francos de más podría ser un aviso para la policía. Seguramente le seguirían. No. No estaría tranquilo del todo hasta que hubiera pasado cierto tiempo. Dentro de poco, tendría la excedencia que había pedido. Eso también formaba parte del plan.

Luego, sí podría gastar el dinero tranquilamente, en otro lugar, donde no le conocieran. En el extranjero tal vez.

¡Oh, tenía grandes planes! Con casi un millón y medio de francos nuevos en el bolsillo, se podían hacer un montón de cosas.

Tomó la maleta, con el mayor cariño. Casi la acarició. Y se dijo que, por la fortuna que contenía, no pesaba demasiado; pero una tonelada le hubiera parecido poco.

Ahora sólo faltaba que Raoul supiese esperar. Raoul —ése era el nombre del autor del atraco—, era un profesional, un hombre duro, sin escrúpulos. No le gustaba demasiado, pero no tenía a nadie más a quién elegir para realizar el «trabajo».

Bueno... Ahora, en parte, ya había terminado lo que más importaba. Faltaba el segundo acto.

Salió del solar, y se dirigió al callejón; luego, echó por la rue Raymond IV, con la maletita en la mano como cualquier otro ciudadano que se dispusiera a ir de viaje.

Al fin y al cabo, aquélla era una maleta corriente que no llamaba en absoluto la atención.

Era una maleta que el vigilante de tarde ya había visto en otras ocasiones. El vigilante del garaje, al cual se dirigió para sacar su coche.

—¿Va a pasar fuera el fin de semana, Roger?

El cajero no necesitaba fingir para mostrarse todavía algo asustado, y asintió, al tiempo que murmuraba:

—Creo que es la primera vez que necesito un descanso de veras.

—Lo comprendo, amigo. No me gustaría verme encañonado, a un palmo de mi cuerpo... ¿Qué aspecto tenía el ladrón?

—¡Yo qué sé! Llevaba gafas negras. Yo sólo me fijé en la pistola. Disculpe...

Y Roger avanzó como si se dirigiera a su coche, pero seguro de que el vigilante no le observaba, eligió el «Ford», sacó una llave, y abrió el portaequipajes de la parte trasera.

Dentro, había un par de mantas de viaje, un gato y una caja de herramientas.

Colocó la maleta bajo las dos mantas, y cerró de nuevo para dirigirse a su coche.

Ésta venía a ser la segunda parte de un plan concienzudamente trazado.

Poco después, salía del garaje, conduciendo su inocente utilitario.

Diez minutos más tarde, en una cabina pública a orillas del Garona, casi frente a la Basílica de la Daurade, habló por teléfono con alguien:

—Todo está listo, Raoul. El dinero está en el «Ford». Nadie va a sospechar.

Al otro lado del hilo, en un apartamento amueblado, con teléfono directo, el atracador respondía:

—¿Y cuánto tiempo habrá que esperar?

—No te preocupes. Ya me pondré en contacto contigo. Ahora es

mejor que te largues a París.

—No me gusta esto, Roger... Tenemos una fortuna. ¿Por qué esperar?

—Por dos razones fundamentales, querido amigo. La primera es que tú estás fichado. Si te cogen con más dinero de la cuenta encima, empezarán a acosarte a preguntas, y acabarás por cantar.

—Soy mudo, cuando me conviene.

—Pero existe otra razón, Raoul —repuso el cajero, a través del hilo—. Yo también puedo convertirme en sospechoso. Quizá la policía recele de mí, y también el propio director del banco. ¿Comprendes? Por eso no hay que precipitarse. Lo mejor es dejar la maleta en lugar seguro. Una consigna, tal como habíamos pensado. Deja remos pasar algún tiempo hasta que el asunto se olvide. Después... ¡A vivir! Cada uno por su lado, desde luego. —Hummm...

—Raoul. La mayor parte de estos «asuntos» salen mal por culpa de la impaciencia. Hay que saber esperar. A mí me gusta hacer las cosas bien, y, con el plan que tracé hasta ahora creo que todo ha salido a pedir de boca. Lo malo es que hayas disparado contra ese pobre infeliz.

—Eso es cuenta mía. Ya dije que no quería héroes —refunfuñó el otro.

—Bueno. Eso ya no tiene remedio. Voy a colgar. No me gusta hablar de ciertas cosas, por teléfono.

—¡Espera! ¿Cuánto calculas que hay?

—Oficialmente, dos millones ochocientos mil francos Billete más, billete menos. Ésta es la cifra que había en caja hasta ese momento. Es lo que yo he declarado. Un buen pellizco, ¿no? Hoy era el mejor día. Por eso era necesario esperar.

—Bien, bien... Seguiré esperando, pero cuidado con tratar de darme esquinazo, Roger. Te aseguro que te arrepentirías. Y no hablo por hablar.

—Descuida, amigo. Con mi parte, tengo suficiente. Yo cumplo mi palabra, pero no te olvides. Hasta dentro de un mes. No volveré a ponerte en contacto contigo. Será lo mejor para ambos. —Y Roger colgó el teléfono y salió de la cabina pública.

Después, con la sonrisa en sus labios, pensó en los prolegómenos de todo aquello. Sus ansias de salir de la rutina de un sueldo nunca

suficiente para quien tiene delirios de grandeza.

Pensó en sus primeros contactos con Raoul, y en el día de la llegada de éste a Toulouse. De su llamada telefónica y de cómo dos días después quedaron citado en un bar discreto de la rue de Pargaminières, cerca de la place St. Fierre.

Allí ultimaron el plan.

Roger aún se oía a sí mismo decir:

—Tiene que ser ese día. Es sábado. Tendremos ingresos importantes. Más de dos millones.

Luego le mostró el plano de la situación.

—Tú mismo puedes ir a echar un vistazo. Ahí está el solar. Hay varios desmontes, sobre todo, uno muy cerca de la valla. Hay también bastantes hierbajos. —Señaló un punto, y añadió—: Esconde la maleta por aquí. Es esa que llevo conmigo. En el garaje la conocen, suelo emplearla cuando me voy los fines de semana. A nadie le extrañará verme con ella... cuando todo haya terminado.

Y Roger continuó con lo que restaba del plan...

Ahora, todo eso quedaba ya atrás. La primera parte había salido bien, a pesar de la muerte imprevista del empleado.

Claro que Roger tenía sus propios planes, de los cuales se había guardado mucho de hablar a su compinche, él taciturno Raoul.

Y entretanto...

Entretanto, Lucien también tenía planes. Y así, aquel sábado, poco antes de que dieran las cuatro de la tarde, estaba de nuevo en el garaje-taller, dispuesto para sacar el portentoso «Ford» del americano Kallahan.

El encargado sacudió la cabeza de un lado a otro, murmurando un: «¡Ay, ay, ay!».

Lucien le guiñó el ojo y murmuró:

—Voy a realizar una prueba, pero preferiría que el jefe no se enterara, ¿eh? Confío en tu discreción, George.

El encargado se encogió de hombros. No aprobaba lo que Lucien iba a hacer, pero sabía mantener la boca cerrada. Además, sentía un profundo aprecio por el muchacho.

—Sabes que, por mí, puedes hacer lo que te plazca, chico, pero ¡hummm! Creo que esta vez te pasas.

—Es una simple prueba —sonrió él.

—Ten cuidado, Lucien. Esto podría costarte un buen lió. Un coche como éste es un anuncio, y, si el jefe se entera, puedes perder tu puesto. Lo lamentaría por ti.

—Al coche no le ocurrirá nada. He probado docenas de ellos. Lo sabes, ¿no?

—Bueno. Yo no he visto nada. No sé nada. ¿De acuerdo?

—Eres un buen amigo, George —repuso Lucien, y se metió dentro del vehículo.

Arrancó suavemente, acariciando los pedales.

El encargado le deseó:

—Buena suerte.

—Buen muchacho —repuso Lucien al viejo guardián. Y esta vez acarició el volante, como si se tratara de la más preciada de las joyas.

El automóvil salió a la calle, majestuoso, suspendido por los mullidos atenuantes de aquella lujosa carrocería.

En cinco minutos, estaba en el punto donde se había citado con la muchacha.

Francine le aguardaba, con un breve equipaje, propio para pasar un fin de semana.

Cuando ella entró en el vehículo, el mecánico exclamó para sus adentros: «Por fin la he conseguido», y pensó en lo que podía un coche de aquel estilo.

Ella le rodeó el hombro con el brazo, al tiempo que exclamaba:

—¡A Niza!

—¡Qué dices! Hay más de quinientos kilómetros... No, No. Eso sí que no. El americano se daría cuenta. Esos tipos lo anotan todo, y ese coche no lleva hechos muchos kilómetros. Fíjate. Es prácticamente nuevo —añadió señalando el contador.

—Pero tú sabes amañarlo. ¿No?

—Hummm, sí, pero...

—Está bien, vamos más cerca. ¿Canet Plage?

—Casi doscientos... Bueno. Si tú quieres... Pero ¿por qué a la playa?

—Ya te dije que me encantaba, en este tiempo. Además, allí hay un casino, y me gustaría entrar...

—¿Te gusta el juego?

—Me gusta todo lo que signifique diversión, riesgo... A lo mejor,

nos hacemos ricos. ¿Has jugado alguna vez a la *boule*?

—Sí. Y me volaron cien francos, sin darme cuenta.

—¿Y qué son cien francos? En estos momentos, me siento la persona más rica del mundo.

En cierto modo, ambos eran ricos, millonarios, porque tras sí, en el portaequipajes, viajaban dos millones y pico de francos.

Lo que Lucien no había podido conseguir, aquella misma mañana, persiguiendo al atracador, ahora lo tenía más cerca que nunca. ¡Lo que son las cosas!

CAPÍTULO VI

Canet Plage, en invierno, es poco menos que un desierto. Casi todo permanece cerrado. Con el viento mistral soplando, el gran Oasis del Mediterráneo encrespa sus olas, y media playa queda cubierta por las revueltas aguas.

En el paseo junto al mar, es donde el viento azota con más fuerza. La mayoría de los bares, y casi todos los hoteles, permanecen cerrados.

Encontraron uno de esos establecimientos que tienen abierto durante todo el año. Dejaron las cosas en la habitación, y Lucien, ansioso de estar cerca de la muchacha, la abrazó, pero ella supo esquivar suavemente.

—Acabamos de llegar, encanto. No tengas prisa. ¡Uf! Menos mal que aquí hay buena calefacción...

Él la rodeó de nuevo.

—Es temprano todavía, podríamos...

—Podríamos ir a tomar algo y pasear cerca del mar. Me encanta el mar, en este tiempo. Embravecido... Es como una fiera salvaje, que pretende atacarnos, pero no puede llegar hasta nosotros.

—¡Estás loca! Pasear, con este tiempo.

Locos. Locos, estaban los dos. Ella, por sus caprichos; él, lo estaba por ella, por poseerla. Era una atracción que se le hacía irresistible.

Salieron a la calle, a pesar del mal tiempo, y deambularon junto a la baranda que separa la acera del paseo de la ancha playa de fina arena.

El viento parecía soplar aún con más fuerza, y era frío y húmedo.

—Dime que es hermoso... ¿Vamos a las dunas? —No. Yo, no. Ve tú, si quieres. ¡Es una tontería!—. No eres muy complaciente —refunfuñó ella.

—Volvamos al hotel o vayamos a alguna parte. ¿No ves? No hay nadie.

—Esto es estupendo. Tú y yo solos. Creí que era más romántico, Lucien.

—Ya te lo demostraré en el hotel.

—Como quieras. Vamos a cenar. Este airecillo abre el apetito. ¿Verdad?

Habían caminado bastantes metros, el coche —el «Ford»—, destacaba en la puerta del hotel, cuyo luminoso destacaba del resto de los edificios, completamente a oscuras.

Estaban cerca del casino.

«El coche», pensó Lucien.

Suerte que el americano estaba en su país, y no creí posible que, precisamente allí, en Canet Plage, tuviera un amigo que pudiera reconocer el «Ford».

«Sólo faltaría eso», se dijo Lucien.

Si hubiese sabido la bomba que llevaba dentro. Porque dos millones ochocientos mil francos nuevos casi recién robados, y que además habían costado una vida, era tanto como un explosivo.

Pero Lucien pensaba en el americano.

—¿Vamos al casino? —inquirió Francine, interrumpiendo brevemente los pensamientos del joven.

—Supongo que es el único sitio donde se puede ir —replicó.

Volvió a echar una mirada al automóvil.

«No. No creo que ocurra nada», se dijo.

Pero Lucien se equivocaba, porque un par de ojos llenos de codicia, de rencor y de ansias vengativas, estaban observando a aquel aparatoso coche...

—¿Qué te pasa? No haces más que volver la cabeza. ¿Qué es lo que miras? —inquirió ella.

—Nada. No miro nada.

—Chico, no sé lo que te pasa.

—Miraba el coche, simplemente.

—No temas que te lo roben. Es demasiado llamativo. Los ladrones de coches roban tipos corrientes, que puedan pasar inadvertidos. ¿No lo sabías?

—Es la primera vez que utilizo un automóvil, sin permiso de su dueño —replicó él—. Siento que, en este aspecto, no tenga

experiencia.

Ella alzó los hombros, en ademán de fastidio, y casi le empujó para que cruzara la calle.

—¿Dónde vamos?

—¡Al casino! —espetó Francine—. ¿No hemos quedado en que cenaríamos en el casino?

—Sí, claro, claro. Al casino.

En los fines de semana, el casino se anima un poco, principalmente por la llegada de turistas españoles, dispuestos a probar fortuna o a ver alguna que otra película «porno». También algunos franceses de los alrededores acuden al local, casi por pura rutina, aunque no faltan los que no pueden prescindir de probar la fortuna, que casi nunca llega.

En el interior, algunas parejas bailan, y en el restaurante, se sirven algunas cenas.

Para Lucien, aquello resultaba un poco caro, pero pensó que, con Francine, no valían los regateos.

Cenaron un menú bastante sofisticado.

Francine parecía pasarlo de maravilla:

—No es Niza, pero me encanta el ambiente. ¿Jugaremos luego?

—¿No prefieres bailar un rato?

—¡Oh! La noche está empezando, tendremos tiempo para todo.

Lo que en realidad deseaba el joven era estar junto a ella. La deseaba, pero la muchacha tenía mil planes en la cabeza.

Apenas terminada la cena, se excusó:

—Perdona, tengo que llamar a una amiga. No pensé advertirle de que me iba. Habíamos quedado en salir mañana. No tardaré.

Lucien se hizo traer la cuenta, y lanzó un bufido al ver lo que le costaba el pequeño festival. Pero no había más remedio que pagar. Él lo había querido.

Francine, desde el interior de una cabina, marcó directamente el número, que sabía bien de memoria.

A Lucien le hubiese extrañado bastante que la supuesta amiga tuviera voz de hombre, y respondiera con el nombre de Roger.

Sí, sí. El mismo Roger, cajero del banco.

Entre otras cosas, Francine murmuró:

—No hay cuidado, Roger. ¡Claro que Lucien no sospecha nada!

—Procura sacar pronto el dinero.

—No puedo hacerlo ante sus propias narices. ¿No te parece? No estés tan nervioso, Roger. Todo saldrá bien.

—Ya sabes lo que tienes que hacer. La maleta, guárdala en la consigna automática de la estación del tren, en Perpignan.

—Me lo sé de memoria, Roger. No te preocupes. Todo se hará como tú has dispuesto.

—Eso espero —repuso Roger.

Colgaron, ella regresó a la mesa, y se mostró sumisa, cuando él le pidió que bailaran.

Después, ella se empeñó en prolongar la estancia, probando fortuna en el juego.

Lucien no podía creer que, al final, hubiera sacado casi doscientos francos de beneficios.

—Si me lo juran, no me lo creo.

—Es tu día de suerte. Deberías seguir jugando.

—Prefiero jugar contigo —replicó él, guiñándole un ojo.

Y se encaminaron al hotel. Estaba a un par de cientos de metros del casino, y Lucien utilizó el coche, sin advertir al hombre que les estaba observando, cerca del casino.

Tampoco Francine demostró haberse percatado. Sin embargo, el hombre estaba allí, y era bien conocido de ambos. El hombre era Gower Kallahan, el propietario del «Ford».

Francine estaba ya en la cama, y Lucien terminaba de darse una ducha, cuando sonaron unos golpes enérgicos en la puerta.

—Será mejor que abran, sino quieren que avise a la policía.

—Pero ¡qué diablos...! —exclamó Lucien, sin concluir la frase ni adivinar el motivo de aquella amenaza.

Con la toalla enrollada a la cintura, abrió para encontrarse frente al americano.

Si el techo se le hubiera caído encima en aquellos momentos, no hubiese sido mayor su sorpresa y su desaliento.

El americano echó un vistazo hacia el interior. Vio la cama y a la muchacha, que cubría su desnudez con la sábana.

—Vaya, vaya... El mecánico, la manicura. Parece que estemos en familia... —sonrió el americano. Su voz no podía mostrar mayor sarcasmo.

CAPÍTULO VII

—Las casualidades cuentan en la vida, amigo. Creíais que podíais disfrutar de mi coche alegremente, ¿eh? —El americano no parecía demasiado enfadado. Paseaba por la habitación, al tiempo que hablaba con tono suave, comedido, como si midiera bien cada una de las palabras que iba pronunciando.

—Soy un buen conductor —intentó disculparse Lucien—. Créame que su coche está en buenas manos.

—Claro. Ahora supongo que incluso debo agradecerte que me lo hayas... digámoslo más suavemente, que hayas hecho uso de él.

—Lo siento. Sólo era para este fin de semana y...

El americano pareció perder, de pronto, su paciencia, y atajó, alzando más la voz:

—¡Basta! Supongo que sabes lo que ocurrirá, si llamo a la policía. Aparte de rendir tus cuentas ante la ley, seguro que ibas a perder tu empleo.

Lucien dejó caer el chaparrón que se venía encima.

—El caso es que no me gusta que hagan uso de mis cosas, sin mi consentimiento. Éste no es un coche de tres al cuarto. ¿Te gustaría que hiciesen lo mismo con algo tuyo? —Tras una brevísima pausa, levantó la mano, en señal de fastidio, y añadió—: ¡Bah! Ya hemos hablado bastante, y es inútil. No comprendes en el lío que te has metido.

—Ya le he pedido disculpas. ¿Qué más quiere que haga? ¿Qué me arrodele a sus pies? Oiga, si quiere llamar a la policía, hágalo. Al fin y al cabo, no pensé en quedarme su maldito coche. —La réplica de Lucien hizo variar la actitud del americano.

—Vaya. Y encima, tienes agallas. Me gustan los tipos con agallas. Voy a ser benévolo contigo, podemos arreglar eso. ¿Sabes? No he ido a los Estados Unidos porque, primero, tenía algo que hacer aquí. Ahora tengo que marcharme a Génève. A Suiza, ya

sabes. Y me fastidia tener que ir sentado en un automóvil, durante tantas horas. Hagamos un trato. Yo me largo en el avión de mañana, y tú me llevas el coche. Lo harás gratis por supuesto. Yo sólo te pago el viaje de vuelta. ¿Qué dices? ¡Ah, y puedes llevarte a tu chica! Si quieres...

—Ir a Génève, pero está a...

—Unos quinientos kilómetros, aproximadamente. Si te vas ahora, llegarás por la mañana. Yo, a las doce estaré en el hotel Chantal. Quiero ver mi coche frente al hotel. ¿De acuerdo?

Lucien cambió una mirada con la muchacha, que aún seguía en la cama, tapándose con la sábana. Se encogió de hombros, y al fin, asintió:

—Por mi parte, no tengo inconveniente. Sólo que me da usted la noche.

—Son... veamos... las dos y cuarto. A las ocho de la mañana puedes estar allí. ¿Tienes tu carta de identidad en regla?

—Por supuesto.

—Bien. Tuya es la palabra. A Génève o... ya sabes.

El «ya sabes» indicaba la denuncia que, sin lugar a dudas, tenía derecho a formular.

No había mucho que pensar. Lucien ya se había metido en el lío, en el circo, apenas hacía dos semanas, y si ahora le denunciaban por esto...

«Al fin y al cabo, si me paga el viaje de vuelta habré hecho turismo gratis», pensó para sí.

—Trato hecho —dijo, al fin.

—Pues ya puedes espabilar. En Génève te quedará aún tiempo para hacer el amor con tu bella amiguita.

—¿Bromea? Después de conducir toda la noche. Deme, al menos, para la gasolina. Yo no tendré suficiente.

—Está bien —metió la mano en el bolsillo, y arrojó sobre una mesita algunos billetes de cien francos—. Es más de lo que mereces.

Cuando Gower Kallahan hubo desaparecido, la muchacha lanzó un suspiro, y dejó caer la sábana que cubría su bello cuerpo.

—Menos mal. Creí que no se iría nunca.

—Eso es tener mala pata. Y ahora, a Suiza. ¿Te importa?

—¡Qué remedio! No voy a quedarme sola aquí.

—De veras que lo siento, Francine. Sabes que no era eso,

precisamente, lo que deseaba. Pero ¡qué diablos! Hasta las doce de mañana, al mediodía, hay tiempo. ¿No te parece?

Se aproximó a ella, sentándose a su lado, y la abrazó, inclinándola hacia la cama.

—¡Oh, cielo! —protestó ella, tras verse libre del besuqueo de Lucien—. Vas a cansarte demasiado, y necesitas estar despierto...

—Yo siempre estoy despierto cuando me conviene...

—Pero es que ahora, después del susto... —protestó ella.

Pero no hubo forma de convencerle. Seguía reteniéndola, abrazándola en posición horizontal.

—Hay tiempo para todo, querida. A mí no me estropean la noche.

Y ya no la soltó.

Francine se relajó en los brazos del hombre.

Bueno. Luego ocurrió lo normal entre un hombre y una mujer, en una noche de amor.

Pero entretanto alguien tenía ideas muy contrarias al amor. Alguien a quien el destino había puesto, por casualidad, frente a Lucien... Alguien que le odiaba a muerte.

CAPÍTULO VIII

Despedido de su empleo en el Circo Variedades de Toulouse, y zanjadas sus cuentas con la policía francesa, por la pelea por él provocada, Charles, el antiguo empleado de aquel circo, había encontrado un trabajo eventual de portero suplente, en el hotel de Canet Plage.

Aquella noche —madrugada ya—, repasando las fichas de los clientes entrados. —Lucien y Francine—, sus ojos se agrandaron.

—Lucien Baroux —repitió el nombre que jamás se le olvidaría—. Profesión: mecánico. Domicilio: Toulouse, etcétera.

«Sólo puede ser él», pensó.

Al reemplazar al encargado de día, éste le dijo:

—Noche tranquila. En ese tiempo, ya se sabe. El coche de ahí fuera es de la parejita que ha entrado. *Oh, la la!* El amor —dijo el encargado.

Y Charles empezó a barruntar una jugarreta.

A las dos y pico de la madrugada, con la calle convertida en un auténtico desierto, estaba ya decidida su venganza.

—Yo también entiendo algo de coches.

Y sin darle más vueltas al asunto, salió a la calle. No le importaba en absoluto el frío reinante. Sólo tenía una idea metida en la cabeza. Vengarse de quien le humilló.

Ahora Charles estaba metido bajo el coche americano, manipulando unos tornillos.

Su objetivo era uno. La dirección del coche. Una avería que, sin ser corriente, solía ocurrir. ¿Quién iba a pensar en que fuera algo preparado?

—Maldito —mascullaba, mientras seguía manipulado—. Pagarás, de una vez por todas.

Claro que los penúltimos clientes del casino salieron antes de que él completara su tarea criminal, y se ocurrió dar un paseo, pese

a aquel tiempesito de todos los diablos.

Como quiera que se aproximaban, Charles salió debajo del coche, no fuera que alguien se extrañara presenciar una «reparación», a aquellas horas de madrugada.

Un tornillo quedó a medio sacar, pero el peligro una inminente rotura había quedado allí, latente. Cada movimiento del volante sería un acercamiento a lo inevitable, y si el «accidente» se producía en una curva y si en la curva había un precipicio...

Charles se frotó las manos, pensando en su maquiavélico plan.

Eran las tres y media de la madrugada cuando pareja salió del hotel.

Charles se escondió en la puerta de detrás del mostrador. A través de los visillos, les vio pasar por delante y oyó comentar a Lucien:

—Bueno. No hay nadie, pero ya pagué por adelantado. —Iba satisfecho. Después de todo, no había perdido la noche. La que daba muestras de cansancio y de sueño era Francine.

—No me gustan las cosas tan precipitadas —murmuró ella.

A lo que, saliendo ya del hotel, Lucien replicó:

—Tienes unas cuantas horas para dormir. Ponte en el asiento trasero, ¿eh? Por lo menos, el coche es cómodo.

Y Charles, desde su escondrijo, murmuró:

—Espero que éste sea tu último viaje.

Fuera, estaba el «Ford», grande, moderno, de líneas vanguardistas. Un auto digno de admirar. Confortable y bien mullido, sobre todo. Perfecto. Excepto la dirección. Claro que Lucien ignoraba este detalle.

Lo puso en marcha, dirección Perpignan, para tomar la autopista hasta Lyon. De allí, cogería el desvío a la derecha hasta la frontera suiza.

Sí. Le sobraba tiempo.

¡Tiempo!

Pudiera ser que aquel tiempo fuera para morir, porque ahora tanto su vida como la de la muchacha dependían de aquella tuerca que casi suelta, como estaba, bailaba sobre el espárrago que la sostenía y que, a su vez, era la pieza clave de la dirección. Si saltaba...

Ella lanzó un gemido de fatiga.

—Después de todo, creo que no lo has pasado tan mal —sonrió él, lleno de optimismo y vitalidad.

Conducía y se comportaba como si fuera pleno día, y no hubiese realizado el menor esfuerzo.

—Sabes hacer muy bien el amor —replicó ella—, pero estoy cansada, agotada, rendida... ¡Oh! ¡A estas horas!

—Trata de dormir, si quieres. Ya te despertaré en cuanto lleguemos a la frontera.

¡La frontera!

Éste era otro escollo a salvar, un peligro del que también el joven estaba totalmente ignorante.

Si les daba por revisar el equipaje, y descubrían el maletín...

Si los gendarmes franceses le obligaban a abrirlo...

¡Dos millones ochocientos mil francos!

Delito de fuga de capitales. ¿Cómo explicar su procedencia...?

No. Afortunadamente, para su propia tranquilidad, ignoraba el par de peligros que pendían sobre él, como sendas espadas de Damocles.

La muerte rondando bajo el coche, y una maleta, cuyo contenido era casi peor que dinamita pura.

La muchacha lanzó un bostezo.

—¿De veras no te molestará que me duerma? —inquirió ella, recostada en el asiento trasero.

—¡Claro que no! Así estarás en forma, para cuando lleguemos. No quiero que este fin de semana se reduzca a una paliza de kilómetros sin ton ni son... En Génève nos quedará tiempo. Así que... será mucho mejor que descanses para reponer fuerzas.

Por la autopista, Lucien procuraba no sobrepasar el límite de velocidad autorizada. Ciento veinte por hora. A veces, el cuenta velocidades del vehículo alcanzaba los ciento treinta, y entonces Lucien aflojaba.

A cada suave curva, algo se movía debajo del vehículo pero la dirección seguía funcionando... por el momento.

El tornillo clave seguía bailando sobre el espárrago e, inevitablemente, con los vaivenes iba desenroscándose lentamente.

A veces, Lucien se pasaba la mano por el rostro, intentando despejarse, y, en un parador de carretera, detuvo para tomar un café bien cargado. No dijo nada a Francine, que dormía

plácidamente acostada en amplio y confortable asiento trasero.

Fue pasado Lyon cuando la muchacha despertó, de forma brusca.

Aún no había amanecido.

—¿Dónde estamos? —gritó.

—¿Siempre te despiertas así? —sonrió él—. Tranquila nena. Llegaremos dentro de unas tres horas. Te di que nos sobraba tiempo.

—Para en cualquier sitio donde haya un teléfono público. Tengo que llamar a mi amiga, para decirle donde estoy.

—¿Es que tu amiga te controla?

—No. Pero yo qué sé a la hora que vamos a regresar. Esto no está nada claro. ¿Sabes? Además, me gustaría tomar algo caliente.

—De acuerdo. Algún sitio habrá abierto por ahí.

Pasaron un pequeño pueblo. Alboreaba. El dueño del bar estaba abriendo las puertas. Lucien se detuvo.

—Dos cafés, bien fuertes —pidió.

—Tendrán que esperar un poco. Acabo de abrir —dijo el dueño.

—¿Tiene teléfono? —preguntó la muchacha—. Tengo que llamar a Toulouse.

—Hummm... Es una conferencia.

—Ya lo sé. Le daré veinte francos. Creo que es más de lo que vale. Hablaré poco tiempo.

—Si sabe el indicativo, llame —replicó el dueño—. Es al fondo, al lado de los servicios.

—Gracias.

Naturalmente, a quien tenía que telefonar Francine no era a una amiga, sino a Roger, su cómplice de la sucursal del Banco de París.

En la calle, unos obreros, que iban al trabajo, entra ron en el bar, a tomar algo caliente. Al ver el coche aparcado frente a la puerta, uno lanzó un silbido:

—Vaya cacharro. El dueño, seguro que no necesita levantarse a esas horas para ganarse el pan.

Claro que aquellos hombres ignoraban que un simple tornillo podía hacer que el conductor de aquel coche no tuviera que trabajar jamás, porque en cualquier curva podía quedarse para siempre.

CAPÍTULO IX

—¡Roger! No he podido llamarte antes. Lo siento... —decía Francine, a través del teléfono.

—¡Maldita sea! ¿Y dices que te largas a Suiza?

—Sí.

—Pudiste haber dejado el dinero donde quedamos.

—Fue imposible. Lucien se hubiese dado cuenta. ¿No lo comprendes?

—Pero ahora vais a pasar la frontera. ¿Y si se les ocurre mirar el portamaletas?

—Al fin y al cabo, el dinero no es nuestro. Oficialmente, no sabemos lo que llevamos. El coche es del americano.

—Bueno... Déjame pensar... ¡Maldita sea!

—¡Yo qué quieres que te diga, si se ha presentado Kallahan!

Y la muchacha lanzó un bufido, al tiempo que añadía:

—Al fin y al cabo, el riesgo lo estoy corriendo yo.

—Sí, claro. Tú no tienes la culpa. Lo comprendo. De todos modos, quizá sea mejor así.

—¿Tú crees?

—Nunca se sabe. Dame las señas de donde pensáis hospedaros. ¿Las sabes?

—Sí. Creo que hemos quedado en el hotel Chantal. Pero no se te ocurra llamarme allí. Lucien sospecharía algo extraño.

—No te preocupes. —Y Roger tomó nota mentalmente—. Hotel Chantal, de Génève —repitió en voz alta.

—Eso es.

—Bien, si en la frontera ocurriera algo, tú no sabes nada. ¿Comprendes? Como Lucien también lo ignora, su sorpresa será de lo más natural. En última instancia, que se lo cargue ese americano del diablo. ¡Quién iba a pensar que se presentara de ese modo! ¡Maldita sea!

—Bueno, Roger, tengo que colgar. Lucien me espera en el bar.

—Siento este riesgo que corres, nenita —repuso Roger—. Y ojalá no ocurra nada. Sobre ese dinero, tengo grandes planes, y sabes perfectamente que tú estás incluida en ellos.

—Pero, de momento, los estoy sudando; cosa que tú no haces.

—¿No crees que ya sudé lo suficiente el sábado?

—Tú no hiciste nada, y encima, te enfadas conmigo... Si en la frontera ocurre algo, tú seguirás estando al margen.

—¡Y qué culpa tengo yo! Es más, pienso que, en un momento u otro, podías haber metido ese dinero en la consigna. Tienes salidas para todo y, cuando quieres, sabes arreglártelas.

—Te repito que no he podido. Pensaba realizar todo esto mañana, y salió mal. ¿Qué quieres que le haga?

Se hizo un corto silencio. Roger dejaba oír su respiración, al otro lado del hilo telefónico.

—Tengo que colgar —murmuró ella.

—¡Espera!

—¿Qué quieres?

—Bueno, mira. Arréglatelas como puedas, y deja la maleta en la estación del tren. Se llama Cornavin. No te olvides. Utiliza una consigna automática. Luego, ya veré el modo de sacarlo. Ya sabes que el «otro» es muy impaciente. Si sabe que el dinero ha salido del país... En fin, no me falles esta vez.

—Descuida, Roger. Lo sacaré como sea.

—¡Se te va a enfriar el café! —gritó Lucien, aproximándose a la cortina que cubría el teléfono y el departamento de servicios del bar.

—Tengo que colgar —dijo ella, en voz baja. Lo hizo y salió, excusándose—: Mi amiga estaba durmiendo. He tenido que despertarla. Cómo se ha puesto cuando le he dicho que me iba a Suiza.

Tomaron el café. Luego, volvieron al automóvil.

A partir de allí, la carretera iniciaba una serie de curvas, ora bordeando el Rhône, ora perfilando el contorno de la parte montañosa de aquella zona.

A cada movimiento de volante, el tornillo se desprendía cosa de un milímetro, tal vez menos, pero se acercaba al final de la rosca, y entonces...

Ascendían la pequeña cima que bordeaba un precipicio. Abajo, el río, ancho y majestuoso, arrastraba las aguas procedentes del cada vez más cercano lago de Lemán.

Otra curva, y otro movimiento bajo el suelo del «Ford».

Ahora la claridad del día lo hacía todo visible, aunque algo brumoso.

—Tomaremos habitación en el hotel. Preguntaré la salida de los aviones... Después de todo, no vamos a pasarlo mal.

—Creo que ya se me ha pasado el sueño —murmuró ella.

Pero ignoraba que ya estaba muy próxima a otra clase de sueño... El Eterno...

Otra curva en la bajada. Lucien aceleró.

—No corras tanto.

—¿Aún no te has dado cuenta de que vas al lado de un conductor de primera? —sonrió él.

Y otra curva.

Nuevo movimiento del tornillo. Y...

El estampido hubiera dado un buen susto a la gente, de haber habido alguien por aquellos solitarios lugares.

El coche quedó en la cuneta.

—¡La rueda! Se ha pinchado una de las ruedas traseras.

—¡Dios mío! Por poco, nos vamos al barranco.

—Un pinchazo no es nada. Espero que en el portaequipajes haya alguna de recambio.

La idea de que Lucien tenía que abrir el portaequipajes sobresaltó a Francine.

—Dame las llaves. Yo iré a ver.

—No es necesario que te muevas. Esto lo hago en un momento.

—Sólo pretendía ayudarte.

—Quédate dónde estás.

—De todos modos, tengo que salir. Necesitarás gato. Es mejor aligerar el coche de peso, ¿no?

—Abrígate bien, que hace frío. —Y Lucien buscó la llave del portaequipajes y abrió.

Los ojos de ella no podían estar más atentos a «determinado» equipaje, que se hallaba cubierto por la mar.

Las manos de Lucien hicieron a un lado la manta, en busca de las herramientas y la rueda.

Descubrió la maleta.

—Vaya. El americano dejó algo ahí. ¿Qué crees que debe llevar?

—Yo qué sé. ¡Déjalo! No es nuestro...

Él hizo intención de abrir la maleta.

—¡No! ¡Déjalo! —exclamó ella.

—No pretendo robarle. Es curiosidad. Al fin y al cabo, vamos a pasar una frontera. Imagínate que lleva drogas.

—¿Y qué? Nosotros no sabemos nada. Él te firmó permiso para conducir su coche.

—Qué fácil lo ves. En fin. Mi conciencia está tranquila... —Dudó un poco, pero al fin se decidió a tomar la rueda, que dejó al suelo, luego, el gato y la caja de herramientas.

Cuando la reparación estuvo lista, y volvió a guardarlo todo en el portaequipajes, su mirada se posó otra vez en la maleta.

—Juraría que la he visto en alguna otra parte.

—Bueno. Supongo que habrá miles de maletas como ésta... —repuso ella.

—Sí, pero uno espera algo más del propietario de un coche como éste. En fin...

Tomó el volante de nuevo. La frontera, como quien dice, estaba a la vuelta de la esquina.

Claro que quedaban algunas curvas.

CAPÍTULO X

La aduana.

Los policías aduaneros franceses hicieron un ademán de que podían seguir.

El gendarme suizo indicó que pararan. Lucien tenía a punto su carta de identidad.

—Turismo —dijo—. Sólo para un día.

El gendarme dio un vistazo al coche.

—¿Es suyo? —preguntó.

Y Lucien mostró el permiso de su dueño. La firma coincidía con la de la documentación del coche.

—Creo que todo está en regla, ¿no? —inquirió Lucien.

Francine estaba haciendo lo imposible para que sus nervios no la delataran.

Los segundos se le hacían eternos.

Al fin, el policía suizo hizo un ademán para que continuaran.

Ella no pudo evitar un suspiro.

—¿Por qué tantos nervios? ¿Por lo que llevamos detrás?

—¡Qué tontería! ¡Como si yo supiera lo que llevamos! Lo que pasa es que estoy cansada.

—Antes dijiste que no.

—Te dije que no tenía sueño, que es muy distinto.

—Bueno. Al hotel Chantal. ¿No? A mediodía lo tendremos ahí. Faltan más de dos horas. ¿Nos quedamos en el hotel?

—Debe ser un hotel muy caro.

—Me sobra con lo que me ha dado para la gasolina. Además, un día es un día. No me gusta regatear con una chica bonita...

Ella sonrió.

El hotel Chantal estaba más bien apartado del núcleo central. Hacia la parte más alta. Disponía de una vista aceptable, e incluso podía verse el lago.

Había aparcamiento, y Lucien se metió dentro de él. Luego, subieron los dos a la planta, y se inscribieron.

—Venimos de muy lejos, y estamos cansados. A las doce, alguien preguntará por nosotros. Avísame, por favor —dijo Lucien al encargado de recepción.

—De acuerdo, señor... Baroux. Habitación 234.

Lucien iba a seguir al botones que le precedía cuando, de pronto, pensándolo mejor, dijo a Francine:

—Sube tú primero. Yo encargaré el desayuno.

—¿A estas horas? —inquirió ella.

—¿No te apetece nada?

—Bueno. Lo que tú quieras.

—Bien. Diré que lo suban. ¿Eh?

Al dirigirse al bar, observó la terraza exterior, ahora totalmente vacía, y el puesto de periódicos de enfrente. Pensó algo, y luego, en el bar, preguntó:

—Sólo tengo francos franceses. ¿Puede cambiarme algo?

—Puede pagar en moneda francesa, señor —le dijeron—. De todos modos, quisiera algo suelto. Poca cosa. Es para comprar unas revistas ahí fuera, y algo de tabaco.

—En recepción le cambiarán, señor.

—Gracias.

—Creí que te habías quedado en el bar —protestó Francine, cuando Lucien regresó al cabo de veinte minutos.

Él le mostró un periódico.

—Estaba leyendo esto. Ahora traerán lo que he pedido.

—¿Qué leías? Creo que voy a tomarme un buen baño.

—Estupendo. Leía lo del asalto.

—¿Qué asalto?

—El del banco de nuestros vecinos... ¿Ya no te acuerdas el follón que se armó?

—¡Oh, sí! ¿Qué dice?

Ella se había metido en el cuarto de baño; se estaba desnudando, y escuchaba a su amigo, con la puerta abierta.

—Todavía no han dado con el autor, pero creo que Tienen una pista.

Ella salió rápidamente, sin preocuparse de cubrir su cuerpo. Se había llevado un buen susto.

Lucien tiró el periódico, y se aproximó.

—Oye... Estás preciosa, ¿sabes...?

—¡Oh!

—Dejemos que la policía encuentre al ladrón... Menuda carrera me di, tras él... Seguro que tiene cómplices, pero dejemos eso. ¿Eh?

—¡Oh, Lucien, déjame ahora tomar ese baño! —musitó ella, al ver las intenciones del joven.

—Eres tú quien ha salido.

—Un baño solo —insistió ella—. Me sentiré mucho mejor.

—Como quieras —sonrió él, y ya metida en la bañera, Francine preguntó:

—¿Y dice algo de los cómplices?

—Lo de los cómplices lo he dicho yo, querida...

—Oh, sí.

—¿Te preocupa mucho este asunto?

Ella no tuvo necesidad de responder porque llamaron a la puerta. Era el camarero, con un carrito, en el que llevaba todo lo que Lucien había pedido.

Quando hubo despedido al servidor, murmuró, llevando el carrito al baño.

—La compañía de seguros ofrece el cinco por ciento del valor de lo robado. Ciento cuarenta mil francos, aproximadamente. No está mal, ¿eh? ¿Tomas algo?

—Esto es casi un almuerzo.

—Bueno. Así no tendremos necesidad de salir de aquí para ir a comer. Una vez entregado el coche a ese pelmazo de Kallahan, estaremos libres. ¡Oh! Ahora que pienso, se me olvidó comprar tabaco. Vuelvo enseguida. —Y echó a la papelera un paquete vacío—. Compraré cigarrillos suizos. Aquí son más baratos.

Lo que hizo, en realidad, Lucien, fue ir directamente al aparcamiento del hotel, y abrir el portaequipajes. A continuación, hizo lo mismo con la maleta.

Allí estaba el dinero.

La visión de casi tres millones de francos no le proporcionó un soponcio porque ya los había visto antes. Ésa fue la razón que había retrasado la subida otra vez.

Únicamente se pasó la mano por la cara, y murmuró:

—Vaya lío en que me he metido. Bien, bien, bien, para que

luego digan que esas cosas sólo ocurren en las películas.

CAPÍTULO XI

No es que durante aquel domingo, en Génève, se produjera una concentración masiva de franceses, pero sí hubo coincidencia de amigos comunes que, de una manera u otra, estaban relacionados con Lucien y Francine. Pero vayamos por partes...

Cuando Lucien regresó a la habitación, ella ya había salido del baño, y se había metido en la cama.

Hicieron el amor y, poco después de las doce, recibieron la llamada avisándole que míster Gower Rallaban había llegado, y deseaba hablar con Lucien.

El joven mecánico se vistió en un momento, y bajó al salón del hotel.

Kallahan tenía buen aspecto. Al menos, él había tenido un viaje plácido, sin preocupaciones de carretera.

—¿Todo bien?

—Si se refiere al viaje, sí, señor.

—A eso me refería. Siento haber interrumpido tu intimidad con la señorita. Bien. Aquí acaba tu compromiso. Toma, ahí va tu pasaje de vuelta. Vuelo hasta Toulouse, con escala en París. Entérate de los horarios. Es cosa tuya.

—¿Un pasaje solo?

—¡Ah! Yo sólo me comprometí contigo. Lo de la chica es cosa tuya...

—Pensé que sería usted más generoso. Al fin y al cabo, le he hecho un servicio gratis. Usted necesitaba a alguien que le llevara su coche. A otro, le habría pagado.

—Sí, pero me gusta aprovechar las gangas. Al fin y al cabo, no me he portado tan mal. Bueno, no me gusta discutir cuestiones financieras. Toma. —Sacó del bolsillo un fajo de billetes, y entregó dos de quinientos a Lucien—. ¿Te parezco más razonable ahora?

Lucien tomó el dinero, y sonrió.

—Digamos que... hay riesgos que no tienen precio, pero si usted cree que está bien...

—¿De qué diablos estás hablando? No has corrido el menor riesgo, que yo sepa.

—¿No? Bueno... Conducir de noche, siempre es un riesgo. Uno puede dormirse. Imagine que ocurre esto... Yo me doy un trompazo, y quizá ya no puedo contarle y usted pierde...

—¿El qué? Me estás hablando en chino.

—Su coche, señor Kallahan... En su país, debe costar un dineral. Y no digamos en Francia.

—El coche está bien. Ya lo he visto en el aparcamiento. Un poco sucio, pero eso tiene fácil arreglo.

—Sí. Eso... desde luego, sí.

—Anda. Vuelve con tu chica. Yo pagaré la cuenta del hotel. ¡Ah! Todavía puedo hacer más por ti. A las dos tengo que ir cerca del aeropuerto. Si quieres, puedes venir conmigo, y así haces la reserva personalmente.

—Puedo hacerla desde el hotel. ¿No le parece? —sonrió Lucien.

—Es que me gusta llevar un buen chófer a mi lado. Claro que si no quieres, eres libre.

Lucien prefería no tener que volver a ver al americano, pero cambió de opinión cuando éste le dijo:

—Por cierto, te has dejado una maleta en el portaequipajes.

—¿Una maleta? ¿No es suya?

—¿Mía? Yo no dejé ninguna maleta en el auto.

—Yo pensé que...

—¿Has estado curioseando? —sonrió Kallahan.

—Tuve que cambiar una rueda. Antes de llegar a la frontera, sufrí un reventón.

—¡Ah, ya!

—Vi la maleta, y pensé que era suya.

—Pues no lo es. Y si tampoco es tuya, es que alguien debió confundirse de coche. Así es que lo mejor es que la devuelvas a tu garaje, por si alguien la reclama. ¿De acuerdo?

—Pues... De acuerdo.

Y Lucien pensó: «¡Chasco! Si Kallahan no sabe nada de la maleta, significa que él no es cómplice del robo. Ahora es cuando menos lo entiendo... ¿Quién habrá dejado la maleta, pues...?».

En el fondo, se alegró de que no fuera Kallahan, y hasta le encontró más simpático. Por eso aceptó:

—De acuerdo. A las dos me llama e iré con usted donde sea.

—Buen chico. Ahora coge la maleta, y llévala a la habitación. No se te olvide devolverla.

—No se me olvidará, descuide.

En aquellos momentos en el aeropuerto de Génève acababa de aterrizar un avión, procedente de París. Entre los pasajeros había uno muy conocido de Lucien, y mucho más de Francine. Se llamaba Roger, y era el cajero del banco en la sucursal de Toulouse.

Lo primero que hizo Roger, desde el aeropuerto, fue llamar al hotel Chantal.

—Quiero hablar con la señorita Francine. Viaja en compañía de Lucien Baroux. Creo que se hospeda en este hotel.

Francine se lo había dicho cuando le llamó desde el bar francés, y ahora el telefonista establecía la comunicación en la habitación donde la muchacha estaba sola, aguardando a que Lucien regresara de hablar con el americano.

—Hola, Francine. Supongo que no me esperabas, ¿verdad? Estoy en Génève. ¿Estás sola?

—¡Roger! ¿Cómo diablos se te ha ocurrido...? Sí, estoy sola. Pero no era necesario que vinieras.

—Para mí, sí lo es. ¿Has cumplido mi encargo?

—Todavía no he podido. No me he movido del hotel. Ahora, Lucien está hablando con el americano. Tal vez esta tarde...

—Yo mismo lo haré. Lo único que tienes que hacer es dejar en conserjería las llaves del coche. ¿Comprendes?

—Sí, Roger. Lo intentaré.

—No debes intentarlo, sino «hacerlo».

—Está bien, está bien.

—Preferiría que Lucien no me viera por aquí. Es mejor no correr riesgos.

—Desde luego, porque él ya ha visto la maleta.

—¿Cómo?

—Tuvimos un pinchazo, durante el camino.

—¿No la habrá abierto?

—No. Aunque le faltó poco, logré convencerle para que no lo hiciera —repuso ella, ignorando la verdad.

—Bien. Haz lo que te digo.

—En este momento no tengo yo las llaves, se las llevó Lucien. Tú tienes una de falsa.

—Sí, pero abre con dificultad, y no me gustaría que me pescaran creyendo que iba a robar un coche. ¿Entiendes? Tengo que obrar rápidamente.

—De todos modos, si no puedo dejarte las llaves arréglatelas tú. Yo no puedo hacer milagros...

Fue en ese instante cuando volvió a aparecer Lucien en la habitación.

Ella, disimulando, cortó la comunicación con un:

—Adiós, Colette. Lo estoy pasando muy bien. Hasta mañana.

—¿Otra vez llamando a tu amiga? Debéis adoraros.

Como quiera que Francine se dio cuenta de que se llevaba la maleta, sus ojos se dilataron.

—¿Dónde vas con esto?

—¿Te refieres a la maleta? No te asustes. No la he robado. Te vas a llevar una sorpresa. Porque ahora resulta que tampoco es de Kallahan. Y como no es suya, quiere que la devuelva al taller, por si alguien la metió equivocadamente en el portaequipajes.

—Pues... sí que es curioso... ¿La has abierto?

—No —mintió él—. Además, está cerrada. La dejaré ahí. —Y pareció buscar un sitio adecuado. Al fin, optó por meterla casi debajo de la cama.

CAPÍTULO XII

De doce a dos volvieron a triunfar los placeres del amor. Luego Lucien se vistió.

—Lo siento; Kallahan me ha pedido que le acompañara al aeropuerto. Tengo que sacar tu pasaje, y hacer las reservas. Además, empieza a caerme simpático. Se está volviendo muy generoso. De veras. No es lo que yo creía.

Y el americano ya le esperaba, con puntualidad, en el bar del hotel Chantal.

Poco antes había aparecido Roger que, al encontrarse que no le habían dejado llave alguna, con un gesto de contrariedad, intentó utilizar la suya, y faltó poco para que Kallahan y Lucien le pescaran.

Pero Roger tuvo tiempo de esconderse, agazapado detrás de otros automóviles allí aparcados.

Poco después el «Ford» dejaba el *parking* del hotel y Roger salía tras él en busca de un taxi.

—Siga a este coche, pero tenga cuidado que no se den cuenta —pidió al conductor.

Lucien, tras cruzar el centro, entró por la rue de la Servette hacia la route de Mayryn en busca del desvío que conducía al aeropuerto de Cointrin-Genève.

Un par de veces miró por el retrovisor, observando el taxi que iba tras ellos, a una prudente distancia.

—Juraría que... —empezó.

El americano, a su lado, le miró esperando que Lucien dijera algo más, pero el francés optó por meterse por una desviación y aminorar la marcha.

El taxi siguió por la misma ruta, mientras el conductor decía a Roger:

—Las dos rutas van al aeropuerto, señor.

—Bien. De todos modos, deténgase.

El americano murmuró:

—Veo que conoces bien los atajos.

—¿Es un atajo? Pues no lo sabía. Únicamente pretendí librarme de un taxi. No sé. Presentí que nos seguís.

—¿Un taxi? Eres un buen observador. Yo ni siquiera me había dado cuenta. Pero ¿por qué habrían de seguirnos?

Lucien prefirió no contestar.

Seis o siete minutos después, llegaban al aeropuerto. Kallahan dijo:

—Tengo que hacer un par de llamadas y hablar con un viejo amigo. Arregla tú los pasajes, mientras.

—Sí, señor.

Lucien se dirigió al mostrador Air France, y se informó de los vuelos, con enlace para Toulouse.

Arregló las cosas, y se dispuso a esperar al americano. Aprovechó para comprar un periódico, y adquirió un paquete de cigarrillos.

Deambuló unos instantes, parándose frente a una de las puertas de salida del aeropuerto.

El «Ford» americano había quedado aparcado a unos veinte metros, próximo a la puerta.

Desde su posición, podía ver perfectamente la parte trasera del vehículo, sobresaliendo ligeramente de otros coches, igualmente aparcados.

De este modo pudo advertir cómo alguien, procurando no llamar demasiado la atención, se aproximaba al coche.

A pesar de la distancia creyó ver algo familiar en el individuo que, ya desde entonces, empezaba a forcejear con su llave falsa para abrir el portaequipajes.

Naturalmente, era Roger, el cajero de la sucursal del Banco.

—¿Qué diablos...? —empezó Lucien casi en voz alta al tiempo que salía precipitadamente hacia el coche—. ¡Eh! ¡Usted! —gritó.

Roger, al verse sorprendido, quedó como paralizado.

Estaba seguro de haber sido reconocido por el joven mecánico, lo cual era perfectamente cierto.

—¿Eh...?

—¡Roger! ¿Qué es lo que buscas aquí?

—Nada, nada. ¡Je! Ha sido una casualidad. Me... me confundí

de coche...

Aún había una cierta distancia entre los dos hombres. Roger, el del banco, retrocedía apabullado, temeroso. Lucien fue decididamente hacia él.

«Creo que ya sé lo que buscabas —pensó el mecánico para sí—. Tú eres el cómplice del atracador».

—No creo que haya sido una casualidad. Y ahora mismo vas a decirme... —Le alcanzó intentando sujetarle por las solapas, pero Roger, prevenido, se desprendió y empujó al joven.

—¡Déjeme! Ya le he dicho que fue una confusión.

—Yo sé que no, Roger. Y ahora mismo vas a decirme la verdad. —Lucien volvió a la carga, alcanzando de nuevo a Roger, al que zarandeó, haciéndole trastabillar. La— rasera del coche paró el golpe, y la espalda del cajero pegó contra la carrocería.

Roger, queriendo verse libre de aquel acoso, consiguió incorporarse y lanzó una patada a Lucien que le alcanzó la pierna. Ante el gesto de dolor y la paralización momentánea de su antagonista, Roger trató de sacar ventaja, atizándole en pleno rostro.

Lucien, enfurecido tras acusar el golpe, acumuló todas sus fuerzas para dar la contundente réplica que Roger merecía. Le sacudió en la boca del estómago, un par de veces.

—Quieres pelea, ¿eh? Pues ahí va. Vas a quedar complacido.

Un tercer golpe en el plexo solar atontó materialmente a Roger, que fue a dar contra el suelo entre otro par de coches.

Lucien se inclinó para levantarlo y atizarle de nuevo con ambas manos.

Las bofetadas resonaron como truenos, mientras indagaba:

—¿Estás dispuesto a hablar?

Roger, evidentemente, no podía competir con Lucien, y ni mucho menos deseaba dar explicación alguna.

Le quedaban aún fuerzas suficientes para huir, pese a las magulladuras. Se puso en pie, y echó a correr entre los coches.

Lucien le siguió entre el laberinto de automóviles. Roger, medio repuesto, se dio una buena carrera al descubierto, para alcanzar un taxi que acababan de dejar libre unos pasajeros.

—¡Eh, taxi! ¡Taxi!

—Vayas donde vayas, te alcanzaré —exclamó Lucien, sin

intentar seguirle a pie. Para eso tenía el «Ford». Volvió hacia él, y abrió la puerta para meterse dentro y empezar la persecución.

Pero antes de que pudiera poner en marcha el vehículo, apareció Kallahan.

—¡Eh! —gritó—. No pensabas irte sin mí, ¿verdad?

—Suba deprisa, señor Kallahan. Tengo que seguir a aquel individuo. Se lo explicaré por el camino.

—Oye, muchacho, nada de tonterías... Si tienes cuentas personales con alguien es cosa tuya. Mi coche no lo utilizarás para jugar a los detectives.

El taxi se alejaba velozmente del aeropuerto con Roger en su interior.

—Oh, señor Kallahan... ¡Ese tipo es un ladrón!

—Y a nosotros, ¿qué nos importa? —El americano sacó las llaves del coche y murmuró:

—Sal, yo conduciré.

—Pretendía robar en este coche. Estaba intentando abrir el portaequipajes. Y sé perfectamente lo que buscaba —repuso Lucien alzando la voz, pero tratando de ser convincente a la vez.

—¿Pretendía robar en mi coche? ¿Qué podía buscar aquí?

Lucien vaciló.

—Vamos, dilo. ¿Le has visto llevarse algo?

—No, porque me di cuenta a tiempo.

—Entonces...

—Ese tipo es Roger, el cajero del Banco que está al lado del taller. ¿No se enteró de que robaron el banco?

—Mira, Lucien, tengo algunas cosas que hacer y debo hacerlas solo. ¿Comprendes? Será mejor que bajes y regreses en taxi. Ya no necesito de tus servicios.

—Pero, señor Kallahan...

—¿No me has entendido? Ya no te necesito. Creo que te he pagado bien, tienes los pasajes para regresar y supongo que aún te sobra dinero. Vamos, sal.

—Como usted diga, señor Kallahan. De todos modos ya volveré a encontrar a Roger.

Apenas salió del coche, Kallahan lo puso en marcha y salió disparado.

Lucien se quedó un momento en el aparcamiento, mientras

meditaba.

Después de todo, se sabría la verdad, y en su rostro se dibujó una amplia sonrisa.

Claro que en aquellos instantes ignoraba lo que el destino le había deparado de antemano.

La primera sorpresa y no precisamente agradable que le aguardaba a Lucien estaba en el hotel.

CAPÍTULO XIII

La sorpresa fue no encontrar a Francine. En lugar de la joven, y sobre una mesita, en sitio bien visible, había una nota, firmada por ella:

«Lo siento, encanto. Lo he pasado bien contigo, pero asuntos importantes me obligan a ausentarme. Tendrás que regresar sin mí. Después de todo, creo que ya has conseguido lo que deseabas, ¿no es así?

»Francine».

Le había dejado plantado. Pero ¿por qué? Eso era lo que se preguntaba Lucien. O tal vez debía indagar: ¿Con quién se había largado, la muy...?

Naturalmente, Francine se había llevado todo el equipaje, y Lucien, al arrugar la nota que ella le había dejado para arrojarla al suelo, observó que también había desaparecido la maleta del coche.

¡La del dinero!

—De modo que era ella —murmuró en voz alta—. Ella y Roger... Estaban de acuerdo. Ahora ya no tengo la menor duda.

Apretó los puños y añadió:

—Me he portado como un idiota. Me han utilizado para pasar la frontera con el dinero y ahora se largan tan campantes y me dejan plantado como a un estúpido. Me está bien empleado por imbécil. Pero ¿cómo iba a sospechar que ella...?

Consultó su reloj. Eran más de las tres de la tarde. Pasaban veinte minutos exactamente. Tenía tiempo. En Air France le habían informado de que su vuelo partía a las siete de la tarde; por lo tanto, le quedaban cerca de cuatro horas.

Mientras pensaba en cómo pasar aquel tiempo se le ocurrió otra cosa que le hizo sonreír.

—Bueno —comentó—. Veremos cómo acaba esto. Porque todavía no ha hecho más que empezar. Ahora es mi vez.

Entretanto...

En aquellos instantes una persona que acababa de llegar al hotel, estaba hablando con el recepcionista.

A Lucien le hubiera extrañado ver al individuo que estaba preguntando por Francine.

Sí. Era Roger.

—Francine Delorme —repitió el cajero de la sucursal bancaria, en Toulouse—. Le he estado llamando, pero me han dicho que no estaba en su habitación. Es importante que hable con ella. Es muy urgente. Avísela, por favor.

—¿Sabe el número de la habitación que ocupa? —preguntó el empleado con excesiva parsimonia para la prisa que ostentaba Roger.

—No. No la sé. Pero se hospeda en este hotel.

—Veré de averiguarlo, señor —repuso el recepcionista.

—Pero si han llegado esta mañana —protestó el impaciente Roger.

—Yo no estaba, señor. Mi turno empieza a las dos. Si tiene la amabilidad de aguardar un instante...

—Sí, pero dese prisa.

—Un momento —le pidió el encargado y consultó el libro y unas fichas, para anunciar—: ¡Ah! Sí. Se ha marchado hace apenas media hora. Ha dejado el hotel.

—¡Qué se ha ido! —A Roger le costaba trabajo creer lo que acababa de oír, y se apresuró a preguntar—: Le acompañaba un hombre joven...

—Sí. Lucien Baroux. Aquí está su ficha. Él sí que está. Si quiere hablarle, le llamaré a su habitación.

—¡No! ¡No! —se apresuró a responder Roger, que si había alguien a quien no deseaba ver nunca más era al mecánico—. Sólo me interesaba hablar con la señorita. ¿Sabe dónde ha ido?

—No, señor. Ha dicho simplemente que dejaba el hotel. Eso es todo.

Roger cerró los puños y pensó en el dinero, en el coche americano en la muchacha.

¿Qué significaba todo aquel lío?

Roger habría comprendido que se habían burlado despiadadamente de él si en aquellos momentos hubiese podido ver a Francine.

Sí. Francine reía con ganas y con avaricia a la vez. Y no era sola en su carcajada.

El hombre que llevaba el «Ford» reía también a gusto. Era Gower Kallahan...

Y ahogándose en su propia risa el americano exclamaba:

—Roger estuvo siguiéndonos. Tiene gracia. Por lo visto, discutió con ese mecánico imbécil y pretendía seguirle... ¡No te digo!

—Me gustaría ver la cara que pone Lucien cuando lea la nota...

—Y la de Roger. ¡Pobre infeliz!

—Fue una cosa perfectamente tramada. Ellos corrieron el riesgo y nosotros disfrutaremos del dinero. —Detuvo bruscamente su risa para confesar:

—Sólo pasé miedo en la frontera... Si llegan a descubrir el maletín y lo abren...

—Era un riesgo que había que correr.

—Sí, pero era yo la que iba dentro del coche, Gower. Tú viniste tranquilamente en avión como un señor.

—En estos asuntos querida, alguien tiene que quedarse siempre en la sombra.

Y Gower Kallahan conducía por una carretera en dirección a Lausanne. Se habían trazado una ruta de antemano.

—De momento nos quedaremos unos días en Suiza. ¡Ah! Estos paisajes son maravillosos. Ingresaremos el dinero en una cuenta y donde quiera que vayamos podemos extender cheques con cargo a la cuenta cifrada. Aquí los bancos no hacen preguntas. Yo soy un hombre de negocios, y tú mi secretaria... Por cierto... Yo aún no he visto los billetes.

Buscó espacio en la carretera. Un camino secundario enfilaba por un bosque. Metió el coche por el sendero y paró en medio de la vegetación.

—Quiero ver esos francos nuevecitos, crujientes... ¡Lástima que no sean dólares! Pero el botín no está mal, ¿eh?

Abrió el portaequipajes, y separó la manta. Sus ojos se dilataron al tiempo que gritaba:

—¡Francine!

Ella bajó del coche, extrañada.

El americano lanzó todas las maldiciones que le surgían del pensamiento.

—¡Aquí no hay nada! ¡Maldita sea! La maleta está llena de periódicos.

—No es posible...

Sólo cabía una explicación.

—¡Lucien! —exclamó Kallahan. Y hecho una fiera se encaminó al coche, estallando:

—Sólo él puede tener el dinero. Debió descubrirlo. Ese hijo de perra... ¡Maldita sea! No es tan imbécil como pensaba... Pero se acordará de mí. Palabra que se acordará...

CAPÍTULO XIV

Pisó a fondo el acelerador. Francine estaba asustada ante aquella forma de conducir.

Se hubiera asustado más de saber que, a cada brusco golpe de volante, cierta tuerca se estaba desenroscando peligrosamente.

Le faltaba poco para caer, y cuando esto ocurriera...

Pero ni ella ni el conductor conocían el grave peligro que les amenazaba.

Tampoco observaban el bello panorama que les envolvía, a ambos lados de la bien asfaltada carretera helvética.

Abetos, el lago entrevisto por el verdor invernal. A lo lejos, la nieve de los picachos era una nota que realzaba más la belleza de todo el panorama.

Pero para el americano sólo había una cosa que consideraba realmente hermosa: el dinero. Los dos millones ochocientos mil francos que creía tener bien seguros.

Como una fiera en celo, conducía el vehículo, haciendo chirriar los frenos a cada curva.

En una carrera, Gower Kallahan no hubiese puesto tanto empeño en alcanzar la máxima velocidad. Pero aquello, para él, era algo más que una carrera.

—¡Ten cuidado, Gower, ten cuidado! —recomendó ella, que si bien ansiaba recuperar igualmente el dinero, pensaba también en su propia seguridad.

Una curva más, y comenzaba el descenso. El precioso lago se veía ahora más cercano, pero el americano no quitaba los ojos de la carretera.

Y llegó la curva.

Golpe de volante.

La tuerca que hasta entonces había resistido de forma harto inverosímil cayó definitivamente.

—¡Cuidado! —exclamó una vez más la muchacha viendo que el coche se iba directo a la cuneta.

Kallahan trató de enderezarlo.

El volante no obedeció a su acción.

—¡La dirección! —exclamó dándose cuenta de la verdad cuando ya era demasiado tarde.

Sacó el pie del acelerador, intentando dejar clavado el coche. Pisó a fondo el freno.

Demasiado tarde; los frenos chirriaron. Pero ya las ruedas delanteras se precipitaban al vacío. La inercia de la velocidad que hasta aquellos momentos habían llevado hizo el resto.

La muchacha cruzó sus manos sobre el rostro, al mismo tiempo que lanzaba un largo grito.

Gower intentó abrir la portezuela de su lado y saltar, pero el automóvil chocó con la primera piedra, y dio una vuelta de campana, chocando el morro contra el suelo, luego siguió el vertiginoso descenso, mientras la gasolina caliente llegaba al circuito eléctrico, y se incendiaba.

Una explosión envolvió al vehículo antes de que éste detuviera trágicamente sus tumbos, en un rellano del precipicio.

Las llamas envolvieron rápidamente toda la carrocería, y mientras Gower Kallahan, que había salido disparado, quedaba inmóvil con los ojos fijos, sin vida, Francine se asaba entre las violentas llamas.

Para ellos, todo había terminado.

Totalmente ignorante de lo que acababa de ocurrir, Lucien Baroux, para quien iba destinado aquel trágico accidente, reía a gusto tras sorber el último resto de *whisky* de su vaso.

—Póngame otro —pidió al tiempo que dejaba sobre el mostrador del bar el importe y una generosa propina.

Para sus adentros pensaba:

«Después de todo, no he sido tan idiota... Creen haberse llevado una fortuna y cuando se den cuenta de que sólo contiene periódicos... Daría algo por ver la cara que ponen».

Esto le recordó que le convenía largarse pronto.

«Vendrán por mí, y no creo que lo hagan con buenas intenciones...».

Y es que, en el fondo, Lucien —desde que había descubierto el

dinero—, vio una cosa rara en todo aquello. Por eso prefirió cambiarlo de lugar y esperar acontecimientos.

En realidad, sólo tuvo que extraer de la maleta la bolsa negra de plástico, tal como la había dejado el atracador. Eso fue todo. Y ahora era él, de momento, el último en reír.

Y ahora pensaba también en la recompensa que ofrecía la compañía aseguradora.

«El cinco por ciento de dos millones ochocientos mil francos... No está nada mal».

Engulló su segundo *whisky* y dijo que le prepararan la cuenta. Era mejor largarse de allí, antes de que pudieran surgir complicaciones...

Mientras, en el precipicio, la tragedia irreversible se había consumado.

Las llamas envolvían el automóvil de la pareja, que calló la muerte a causa de la perfidia de un ser abyecto y rencoroso que, sin proponérselo, en cierto modo había hecho justicia.

Un automóvil que subía en dirección opuesta, y cuyo conductor había presenciado el trágico accidente, se detuvo, contemplando impotente lo que ya no tenía remedio.

Luego llegarían las ambulancias con sus sirenas ululando en medio del plácido silencio.

Entretanto...

Lucien Baroux bajaba de la habitación con su breve equipaje.

—Deme la nota —pidió—. ¡Ah! Y el saquito que dejé antes para que lo guardaran en la caja fuerte.

Pagó la cuenta. Luego le fue entregado aquel saquito negro que había costado la vida a Kallahan y a la bella Francine.

Soplaba el viento en la calle y la humedad del lago calaba en los huesos, pero Lucien parecía no notar nada. Con la maleta balanceando anduvo silbando alegremente hasta llegar a la plazoleta.

Allí tomó un taxi, y dijo al conductor dónde deseaba ir:

—A la estación de Cornavin.

En esta ocasión no advirtió la furtiva presencia de Roger que, desde la esquina, le había observado. Más que al propio Lucien los ojos del cajero se habían fijado en el saquito negro que conocía perfectamente. ¡El que había utilizado Raoul para el atraco!

¡El que llevaba el dinero!

Un hálito de esperanza le invadió, y se decidió a seguir al joven, pero alguien se lo impidió.

Un hombre alto, con gafas oscuras y chaqueta de cuero.

—¿Tienes mucha prisa, Roger? —inquirió, interceptándole el paso.

—¡Raoul! —exclamó el cajero, al reconocer a su cómplice.

Sí. Era el hombre que había materializado el atraco en la sucursal bancaria, el hombre que en aquellos momentos estaba buscando toda la policía de Toulouse que había dado parte a las patrullas de carretera.

Creían haberle identificado porque en la Central de Toulouse el comisario jefe, tras unas comprobaciones, murmuró:

—Raoul Maublain... Le llaman el atracador solitario. Las señas facilitadas por los testigos parecen concordar.

—Y dejó sobre la mesa la ficha en la cual se veía la fotografía de un hombre de frente y de perfil.

El hombre era Raoul Maublain, el mismo que en estos momentos se hallaba en Génève, encarado al cajero de la sucursal del banco.

—No soy ningún idiota... Y no me gusta que mi dinero ande rodando por ahí.

—¿Me has estado siguiendo? No te fías de mí.

—Cogí un vuelo después del tuyo. Sólo quería saber qué se te había perdido en Suiza.

—¿Y cómo has dado conmigo?

—Yo tengo conocidos en todas partes. Alguien te siguió, y me puso al corriente de tus movimientos. Y ahora, si no te importa, las preguntas voy a hacerlas yo.

—Es una larga historia que no acabo de comprender. Vamos a coger un taxi. Ahora ya sé dónde está el dinero.

—¿Qué quieres decir con eso de que ya sabes dónde está?

—No perdamos tiempo... Vamos, Raoul...

Tomaron el taxi. El de Lucien les llevaba alguna delantera, pero por aquella calle no había posibilidad de desviarse.

—Vaya todo lo aprisa que pueda. Sigo a alguien que ha cogido otro taxi. Vamos, vamos... Se ganará una buena propina...

—¡Vamos, explícate! —exigió Raoul.

—Mi parte iba a compartirla con una chica.

—Eso es cuenta tuya.

—La chica desapareció. ¿Comprendes? Pensé que la maleta iba en el coche, pero ahora sé que el dinero lo tiene el mecánico. Lo he visto. Lleva el saco y quiero saber dónde. Ya hemos perdido mucho tiempo por tu culpa.

En voz baja, pero no carente de amenazas, Raoul previno:

—Si ese dinero se esfuma, te acordarás de mí, Roger. A mí no me la juega nadie.

—¡Nadie pensaba jugártela, Raoul!

Pero Raoul no parecía demasiado convencido.

Al fin, tras la larga carrera, Roger creyó ver al taxi que andaban siguiendo. Estaba cruzando el puente.

—¡Ése! —exclamó el cajero—. Creo que es ése. Tenga cuidado, que no advierta que vamos tras él.

El taxista, después de ver la dirección del vehículo que llevaba unos cincuenta metros delante, murmuró:

—Sigue el camino de Cornavin —informó.

—Continúe a este ritmo.

Tras ascender por la calle de más arriba, paralela al lago, el taxi de Lucien se detuvo en la estación internacional. De él se apeó el joven, pagó el precio de la carrera, y entró en la estación.

Un minuto más tarde, Roger y Raoul se detenían en el mismo lugar.

Le buscaron por dentro.

Lucien ya tenía previsto lo que iba a hacer con el saco negro. Ni más ni menos que depositarlo en una consigna.

Lo hizo. Hizo saltar la llave en la palma de su mano, y consultó su reloj, con uno de los de la estación.

Las 4,25.

Le quedaban dos horas y pico para el viaje de regreso.

Raoul y Roger no habían perdido detalle.

—Hay que conseguir esa llave —di o el cajero, escondido en la esquina de una de las secciones de cabinas automáticas.

Su cómplice, más resolutivo, concluyó:

—De eso me encargo yo.

CAPÍTULO XV

Para matar el tiempo, y preservarse del frío, cada vez más intenso, Lucien se había refugiado en un bar cercano a la estación. Eran las 4,32 cuando pidió un café bien caliente.

Había poca gente. El dueño estaba escuchando la radio, puesta a escaso volumen. Emitía música ligera.

Mientras le servían el café, Lucien oyó perfectamente la voz del locutor que informaba:

«Noticia de última hora: Un coche americano, marca “Ford”, por causas que se desconocen se ha precipitado, tras perder la dirección en una curva, hacia un precipicio, en el kilómetro veintitrés de la carretera nacional...». El locutor dio el nombre de la carretera, añadiendo que sus dos ocupantes, un hombre y una mujer, habían muerto.

Lucien tuvo un presentimiento y por eso puso mayor atención.

El locutor proseguía:

«Por la documentación, ha podido ser identificado el hombre que murió fuera del automóvil, sin duda después de haber sido despedido del vehículo en la aparatosa caída, según declaraciones de un testigo presidencial. Se trata del súbdito americano Gower Kallahan. De momento, se ignoran más detalles de su persona».

Lucien prestó aún mayor atención cuando hablaban de la víctima femenina...

«La mujer ha quedado totalmente carbonizada. Se sabe que era francesa. Parte de su carta de identidad, indica el nombre de Francine. Se ignora el apellido porque el fuego lo destruyó casi todo. Por lo que se pudo comprobar hasta el momento, parece que se trataba de una mujer joven».

Una pausa, y aún añadió:

«Según el testigo, el coche americano iba a una gran velocidad. Si algún familiar o amigo suyo está escuchando esta noticia, le

rogamos se persone en las señas que facilitamos a continuación, a fin de identificar a las víctimas... Repetimos: Si algún familiar o amigo de estas personas oye nuestro llamamiento, que acuda a...».

Lucien dejó el café a medio tomar, arrojó cinco francos franceses sobre la mesa, y se dispuso a salir, mientras su cabeza iba barruntando:

«Francine y Kallahan... Es lo último que se me hubiera ocurrido pensar. Estaban de acuerdo...».

Iba a dirigirse a la parada de taxis de la estación cuando se topó con un hombre: Raoul.

Enseguida sintió un objeto duro, que le apretaba e vientre.

—Esto que siente en la barriga es un revólver, amigo Tengo el dedo en el gatillo. Vamos. Vuélvase y camine hacia la esquina.

A Lucien no le era del todo desconocida aquella silueta. Sin embargo, ante la presión del arma, se volvió, sin pronunciar palabra, disponiéndose a obedecer.

Al llegar a la esquina, había un coche, con la puerta abierta. Al volante, un hombre: Roger.

Comprendió enseguida que se hallaba ante el atracador que había seguido el día del robo.

—¡Entra! Deprisa —le ordenó Raoul—. Y tú, arranca.

Le empujó hacia dentro, sentándose a su lado. Entonces le mostró el arma, con la que le encañonó en la sien.

El auto se puso en marcha rápidamente.

—Ya veo que estoy entre buena gente, pero me parece que os equivocáis de persona —dijo Lucien.

—Cierra el pico. Y no te hagas el gracioso.

—Bueno, tenga cuidado con eso. —Se refería a la pistola—. Mi cabeza es muy frágil.

—Eres muy listo, amiguito, pero, si intentas una treta, te volaré la cabeza.

—Si al menos me dijera lo que quería... Sé lo que busca Roger. Tú también buscas lo mismo, pero habéis llegado tarde. Yo no tengo lo que buscáis.

Sin dejar de apuntarle a la cabeza, Raoul comentó:

—Es inútil que te hagas el imbécil. Te hemos visto... Sigue, Roger... Aquí todavía estamos demasiado al centro.

—Raoul, si nos descubren... —empezó Roger. Realmente, tenía

miedo.

—¿No has robado nunca un coche? No te preocupes. Lo dejaremos en el mismo sitio. El propietario ni siquiera se dará cuenta de su desaparición. ¡Tuerce a la izquierda! Hacia el descampado.

—Parece un parque.

—¡No me importa! Quiero un sitio donde no haya gente.

Roger siguió conduciendo, de acuerdo con las órdenes de su cómplice.

Lucien comprendió lo que aquellos tipos querían y, además, intuyó que no iban a dejarle para que pudiera ir tras ellos, o a la policía, a denunciarles.

«Me han seguido —se dijo para sí—. Me han visto con la bolsa. Saben que está en la consigna, y que yo rengo la llave. Esto es lo que les interesa. Me exigirán la llave y, después, me meterán un par de tiros... Vaya suerte la mía».

Y en medio del silencio, roto únicamente por el leve ronquido del vehículo, la mente de Lucien trabajaba contra reloj para buscar una rápida solución a su problema que, por el momento, no parecía tener remedio.

A través del parabrisas, vio cómo se acercaban a la zona verde, rodeada de altos arbustos. Un lugar absolutamente solitario. Demasiado solitario.

—Oiga, amigo...

—Yo no soy tu amigo. ¡Roger! Métete entre los arbustos, y detente...

—Vamos a hacer un trato. Le voy a hacer una proposición —murmuró Lucien, pero Raoul le atajó, sin dilaciones:

—Las proposiciones las hago yo. Y no quiero tratos, cuando puedo coger tranquilamente lo que deseo.

Se volvió a Roger y le ordenó:

—¡Aquí mismo! Para.

Verdaderamente, no hubieran encontrado otro lugar más trágicamente solitario, eligiéndolo de antemano.

Lucien sabía lo que ocurriría a continuación.

No erró.

—La llave.

—¿Qué llave? —inquirió Lucien, tratando de ganar tiempo.

—¿Quieres que te salte la tapa de los sesos, y te la quite cuando ya no puedas hacer preguntas estúpidas? —Gruñó Paul.

Sí. Verdaderamente la suerte estaba totalmente de espaldas para Lucien. No había escapatoria.

Con la mano libre, Raoul abrió la portezuela trasera del coche, del lado de Lucien, y la empujó.

—¡Baja!

Lucien tuvo que aguantarse para no caer rodando por el suelo.

Tras él, Raoul, con la pistola por delante, iba a bajar también.

Tras Lucien estaba Roger. Éste no llevaba armas a la vista, ni creía que las llevase. Roger era un ladrón cobarde. Ladrón, al fin, pero de distinta calaña que su cómplice.

Y fue entonces cuando al joven mecánico le vino la inspiración.

Era ciertamente temerario lo que se proponía, pero tenía que correr el albur, si quería salvar el pellejo. Estaba convencido de que Raoul no vacilaría en dispararle a quemarropa, si fallaba lo que estaba pensando hacer en aquellos precisos instantes.

Raoul ya había disparado, y un inocente cayó en medio de un charco de sangre, sobre el asfalto de la calle.

Sí. Raoul era, además, un asesino; pero Lucien no podía dejarse matar tan tontamente.

En una fracción de segundo, se le ocurrió la única idea que podía proporcionarle una opción a seguir en el mundo de los vivos.

Fue en el instante en que su principal enemigo se disponía a bajar. Cuando vio el revólver apuntándole firmemente, con el brazo extendido.

Sin dudarle ya, y más deprisa de lo que se tarda en contarle, Lucien se abalanzó contra la portezuela del coche, aprisionando el brazo armado de su enemigo.

Puso toda la fuerza que fue capaz de acumular en aquellos dramáticos instantes.

Su intento dio, en principio, el resultado que perseguía. Raoul lanzó un grito, y de su boca surgió una maldición, mientras Lucien entreabría ligeramente para volver a presionar con mayor fuerza, si cabe, que la vez anterior.

Raoul tuvo que soltar el arma, aullando de dolor, mientras gritaba:

—¡Haz algo, Roger! —Pero a Roger no se le ocurrió otra cosa

que lanzarse al suelo para conseguir recuperar el revólver.

El pie de Lucien lo apartó bruscamente de su alcance, mientras, con otra patada, golpeaba el costado del cajero.

Raoul pudo salir del auto, utilizando la otra puerta para proseguir la lucha que ahora sólo podía desarrollarse cuerpo a cuerpo, con la desventaja para Lucien de que su nuevo enemigo era doblemente fuerte que el cajero, que ahora se incorporaba, aullando de dolor, por la patada recibida.

Raoul se lanzó contra Lucien embistiéndole con la cabeza como un toro enfurecido, y los dos cayeron rodando por el suelo. Se dieron prisa en incorporarse para mantener la supremacía.

Raudos en reflejos, estuvieron al unísono a punto para el ataque. Raoul fue el que primero disparó su puño derecho contra Lucien, a quien, afortunadamente, sólo alcanzó de refilón.

El asesino, con ademanes medidos, soltó la zurda, en busca del estómago de su contrincante, alcanzándole de lleno, pero Lucien había hecho contracción para aminorar aquel tremendo golpe, que era como un mazazo.

La iniciativa seguía siendo de Raoul, que tenía prisa en terminar cuanto antes, y así consiguió largar un potente *crochet*, que si alcanza de lleno al mecánico, lo tumba definitivamente, pero Lucien supo esquivar y pasar al contraataque, con dos buenos directos, seguidos, que si no alcanzaron de lleno su objetivo, al menos consiguieron hacer retroceder a su enemigo.

Roger se comportaba simplemente como un espectador, pero en el vaivén de la lucha tropezó con un tronco, y tuvo una idea. La única que podía tener: atacar a traición.

Tomó el tronco a modo de garrote, y se preparó para golpear a Lucien, cuando éste le diera la espalda.

En estos momentos, Raoul intentaba conectar un directo a su rival, pero el mecánico paró la terrible acometida con el antebrazo, y pasó al ataque con un gancho de izquierda que alcanzó de lleno al asesino, a quien derribó.

Roger, que había logrado colocarse a la espalda de Lucien, iba a asestarle el golpe, pero no pudo hacerlo porque el joven se lanzaba como una flecha contra Raoul para evitar que éste pudiera incorporarse de nuevo.

Rodaron por el suelo, pero esta vez fue Lucien quien consiguió

levantar a su enemigo y sacudirle, mandándole contra unos arbustos, sobre los cuales se enredó.

Sin el menor descanso, Lucien volvió a la carga cuando el maltrecho Raoul trataba de recobrar la posición vertical.

Dos golpes bien dirigidos, en el abdomen, doblegaron la resistencia de su enemigo, cuyo cuerpo se balanceó hacia adelante.

Intentó enderezarse, pero Lucien lo tenía bien a mano para sacudirle con su poderosa derecha.

Raoul cayó boca abajo, en el instante en que Roger iba a descargar el golpe con la improvisada estaca.

Lucien, como si un sexto sentido le hubiese advertido del peligro, se revolvió y pudo esquivar el golpe fatal.

Sin contemplaciones, sacudió una patada a Roger, que la recibió en el bajo vientre, y aulló como un animal herido.

—¡Hijo de perra! —Y le aporreó las vértebras, antes de que el cajero diera con su osamenta contra el césped.

Se revolvió de nuevo hacia Raoul que medio atontado aún intentaba levantarse.

Sin miramientos de ninguna clase, le arreó un puntapié, que le alcanzó el mentón.

Maltrecho y sangrante, Raoul se desplomó como un fardo.

También Lucien sentía el dolor de los golpes, pero había salido invicto de aquel trance que a punto estuvo de costarle la vida.

Sin enemigos a la vista, fue hacia el coche, sacó las llaves, y las arrojó tejos. Por lo menos, se aseguraba de que no iban a seguirle.

Procuró arreglar sus ropas, recuperó su bolsa de viaje, y se encaminó hacia la carretera.

Eran ya las cinco de la tarde. Le quedaba algo por hacer, antes de dirigirse al aeropuerto.

—Déjeme junto a la primera cabina —pidió Lucien al primer coche que te recogió a la salida del descampado—. Es muy urgente.

A través del teléfono, se puso en contacto con la policía suiza, dando cuenta de los nombres de sus dos agresores.

—Están implicados en el robo de la sucursal del Banco de París, de Toulouse. —Colgó y veinte minutos más tarde se hallaba en el depósito de cadáveres.

—¿Era usted pariente o amigo de los accidentados? —te preguntó uno de los hombres que atendía el servicio.

—Digamos que había tenido tratos con los dos —repuso Lucien.

Le hicieron pasar a la sala frigorífica, informándole de que se había practicado la autopsia a ambos.

—No hay duda de que la muerte fue consecuencia del accidente —dijo uno de los ayudantes del forense—. En cuanto a la muchacha, no será muy agradable para usted examinar lo poco que ha quedado de ella. Está del todo carbonizada. Prácticamente, es imposible de identificar. —Y de una carpeta, sacó unos papeles.

—Vea esto. Su fotografía está en la carta de identidad. Natural de Brive, residente en Toulouse. Veinticinco años. —La carta estaba chamuscada, igual que otros papeles—. El hombre añadió: —¿Es ésa la chica que usted conocía?

—Sí. No hay duda. Es Francine. ¡Dios mío!

—Es mejor que no la vea. El hombre está en mejores condiciones; sin duda, pudo saltar del coche, pero recibió varios golpes mortales de necesidad.

Sacó el cadáver del frigorífico municipal, y le quitó el lienzo que le cubría, mostrándole la cabeza y parte del desnudo cuerpo.

Tras un silencio, Lucien asintió:

—Sí. Es el americano. Se llamaba Gower Kallahan.

—Viajaban sin equipaje apenas —siguió el hombre—. Sólo una maleta, que también ha ardido, y muchos papeles quemados.

De no hallarse ante una tragedia irreversible, Lucien hubiese esbozado una sonrisa. Se limitó a encogerse de hombros.

—Seguramente, iban a realizar un corto viaje. Gracias por todo, señor.

—Gracias a usted... Si conoce a algunos familiares...

—Lo siento. No puedo complacerle. La muchacha trabajaba al lado de donde estoy empleado yo. Era manicura. Es todo cuanto sé de ella. En Toulouse, vivía sola. Si tenía alguna familia, lo ignoro. En cuanto al americano, sólo he hablado con él en tres ocasiones. Dejó su coche en el taller donde estoy empleado... Luego, se lo traje a Génève. Es cuanto puedo decirle.

—Gracias, de todos modos —dijo el del depósito.

Una hora más tarde, Lucien Baroux volaba rumbo a París, para, tras la escala correspondiente, llegar a Toulouse aquella misma noche.

Eran casi las diez cuando, tras un vuelo sin complicaciones,

estaba ya delante del comisario Duvivier, superior de la policía de Toulouse.

En menos de veinte minutos, relató toda la historia, con sus pormenores.

Y concluyó:

—El dinero está depositado en la consigna de la estación de Cornavin. No quería arriesgarme a traerlo conmigo —sonrió, añadiendo—: No me hubiera gustado que me detuvieran, por traficar con divisas.

—Ha hecho bien, muchacho. La policía suiza retiene al cajero del banco y al autor material del atraco. Un buen trabajo. Pero debió avisarnos de inmediato, cuando descubrió el dinero en el automóvil del americano.

—Verá, señor. Oí decir que la compañía aseguradora ofrece el cinco por ciento de recompensa. Pensé que valía la pena que llevara el asunto a mi manera.

—Lo haré constar en el informe. La recompensa, desde luego, será para usted.

—Gracias, señor comisario.

Y aquí había acabado la historia de un atraco que, sin la intervención de Lucien Baroux, hubiera resultado casi perfecto.

Bueno. En realidad, para Lucien, eso era sólo una parte de su historia, un capítulo un tanto agitado, del que había salido bien, y con un buen pico, con el cual ya hacía planes.

De momento, aquella noche, cuando salió del puesto de policía, ya se había hecho su plan.

Un plan con nombre de mujer: Vivían.

Aquella noche, después de la función, sólo con la muchacha, Lucien pensó para sí:

«Es menos llamativa, pero, bien pensado, es mucho más mujer. Y guapa, además. Sí. Y nada es sofisticado en ella. Todo natural».

—¿Sabes? —dijo, en voz alta—. Uno de esos días podríamos irnos a cenar por ahí, y a pasarlo bien.

—El miércoles es mi día de fiesta —repuso ella.

—Estupendo. El miércoles, pues... —La besó.

—¿Te vas ya?

—¡Oh, no! Esta noche, no. No pienso irme hasta que me eches. Y empezó a desabrocharse la camisa, añadiendo: —En tu preciosa

morada, hace bastante calor. ¿Por qué no te quitas algo de ropa? ¿Eh? A propósito He traído esto.

Y desenvolvió una botella de «Dom Pérignon».

—¡Lucien! ¿Te ha salido la lotería?

—Casi, querida. Pero ya te enterarás. Ya te enterarás. —Y se apresuró a descorchar la botella, llenó dos copas que ella había sacado y, tras el primer sorbo empezó a ayudarla a desabrocharse la cremallera.

—¡Oh, eres muy impetuoso! En unos días, pareces cambiado...

—Espero que nadie nos moleste, encanto. Cierra bien No sea que vuelva ese Charles.

—Ya no está. Después de la que armó, le despidieron. Ése, si sigue así, acabará mal.

Lo de Vivían fue como una especie de premonición porque uno de aquellos días, Charles, que todavía seguís con su nuevo empleo en Canet Plage, fue sorprendido mirando a una pareja, a través de una cerradura.

Quiso escapar, mientras el hombre espiado salía tras él, gritándole toda suerte de improperios.

Charles, en su alocada carrera, para no ser identificado, salió a la calle, y cruzó el paseo, justo en el momento en que un automóvil avanzaba a buena velocidad.

Los faros le deslumbraron, quiso esquivar el vehículo, al tiempo que éste intentaba frenar.

Todo fue inútil.

Charles recibió un tremendo golpe, que le alzó por los aires para ir a parar contra la cuneta.

La noticia mereció una pequeña gacetilla, en el periódico regional:

Un suceso más de la crónica negra de todos los días:

«Un hombre cruzó la calzada, sin mirar, metiéndose materialmente bajo las ruedas de un coche, cuyo conductor nada pudo hacer para evitar alcanzarle. Herido de gravedad, el individuo que prestaba sus servicios como portero de noche en un hotel de la Cote Vermeille, fue trasladado, con toda urgencia, al hospital, falleciendo horas más tarde».

Sí. A veces, la justicia llega por los caminos más insospechados. Quien había querido matar, quien había sido el causante directo de la muerte de dos pillos, pagó también con su propia vida, cuando menos podía esperarlo.

Con esa muerte, la historia tocaba realmente a su fin. Seguramente que ni Lucien ni Vivían se enteraron nunca de la trágica suerte del individuo. ¡Bah! ¿Qué podía importarles?

En aquellos instantes, con la luz tenue del carromato de Vivían, la aventura quedaba atrás. Era tiempo de amar.

FIN

BRIGITTE «BABY» MONTFORT

la mundialmente famosa agente conocida como la espía «Baby», surgida de la fecunda pluma de

LOU CARRIGAN

el afamado escritor que tantos éxitos lleva cosechados en el transcurso de su carrera literaria es presentada, ahora, por

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

a los numerosos lectores que la honran con su adhesión, a través de su colección:

ARCHIVO SECRETO

APARICION SEMANAL

Reserve su ejemplar. Precio 30 pts.

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 30 PTAS.

